

La quinta de Florencia

Lope de Vega

El texto de LA QUINTA DE FLORENCIA presentado aquí está basado en la edición príncipe en la SEGUNDA PARTE DE LAS COMEDIAS DE LOPE DE VEGA CARPIO... (Madrid: Alonso Martín, 1609) con el apoyo de las impresiones que la seguían. El texto, tan generosamente regalado a esta biblioteca electrónica por Debra C. Ames, fue preparado por ella en forma electrónica en el curso de sus investigaciones. Luego fue editado según las normas de esta colección y trasladado al sistema HTML por Vern G. Williamsen en 1996.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- Dos MÚSICOS

JORNADA PRIMERA

*Salen el Duque de Florencia, ALEJANDRO; CARLOS, caballero;
OTAVIO, caballero; CÉSAR, secretario, de noche*

ALEJANDRO: ¡Hermosa ciudad Florencia!

CARLOS: Después que eres su señor,
tiene Florencia valor,
y hace a Roma competencia.

ALEJANDRO: Como de día no puedo
verla por mi autoridad,
o porque a la gravedad
de mis cosas tengo miedo,
de noche con mejor modo
veo cosas que ha de ver
un príncipe, que ha de ser
un Argos que vele en todo,

5

10

que éstas, por ser tan pequeñas,
no llegan a mis oídos.
OTAVIO: Con hechos esclarecidos
al común gobierno enseñas:
República venturosa
la que tal entendimiento
ha puesto en orden.

ALEJANDRO: Mi intento
no aspira a historia famosa,
sino sólo engrandecer
la patria.

CARLOS: Gente atraviesa
a alguna amorosa empresa:
un hombre y una mujer.

Entra CELIO y una mujer con manto

CELIO: No está lejos mi posada,
y con buena colación,
con un corte de jubón,
volveréis menos airada.
Echad por aquesta esquina.

MUJER: Tengo una madre tan vieja,
que me riñe y aconseja
bien diferente doctrina.

Pero ¿qué se puede hacer?

Ya, señor, topé con vos.

OTAVIO: Celio es el hombre, ¡por Dios!

ALEJANDRO: ¿No conocéis la mujer?

OTAVIO: Veamos por su arrogancia
en qué princesa tropieza.

Basta saber la flaqueza,
no sepáis la circunstancia.

CELIO: No querría que saliese
el Duque: echad por aquí.

MUJER: Pues ¿sale de noche?

CELIO: Sí.

Pesaríame que os viese.

Vanse los dos

OTAVIO: Ya lleva Celio esta noche
con quien podella pasar.

CARLOS: Mañana me ha de contar
que es dama de estrado y coche.
¿Cuántas hay que las encuentran
en medio de aquesa calle, 50
y que con bueno o mal talle,
a tienta en sus manos entran?
Y dejándole la cama
como hospital, tales son,
que luego en conversación 55
dice: "¡Ah, qué buena dama
aquesta noche gocé!
¡Qué manos, qué olor, qué pechos!"
dejándonos satisfechos
de que Elena o Porcia fue, 60
y todo el día se están
rascando, y lo he visto yo,
las reliquias que dejó
en la camisa al galán.
ALEJANDRO: Según eso, a la mañana 65
querrá Celio razonar.
CARLOS: Dos hombres veo pasar
mirando aquella ventana.

Salen HORACIO y CURCIO, vestidos de noche

HORACIO: Si no os importa, señor,
mucho, estar en este puesto, 70
dejadle os ruego, y sea presto,
que es interés de mi honor.
CURCIO: Lo mismo quise ¡por Dios!
pediros.
HORACIO: Pues fui el primero,
haced luego, caballero, 75
lo que yo hiciera por vos,
o habráse de remitir
a las armas.
CURCIO: No es posible;
yo estoy bien.
HORACIO: Pues ni imposible
será dejar de reñir. 80

Metten mano

ALEJANDRO: Allí riñen; mete paz.

OTAVIO: ¡Paso, ténganse!

HORACIO: Si acaso
no llegaran....

CURCIO: ¡Paso, paso,
que estáis ya muy pertinaz!

ALEJANDRO: Si aquesto el Duque supiera,
bien sabéis que se enojara.

HORACIO: Pues si el Duque nos mirara,
¿cuál hombre un hora viviera?

ALEJANDRO: Pues, haced cuenta que os mira,
y andad con Dios.

HORACIO: ¡Qué prudencia!

CURCIO: ¿Si es el Duque?

HORACIO: En la presencia
le parece.

CURCIO: Al mundo admira.

Vanse HORACIO y CURCIO

CARLOS: Música viene, señor;

la música es don del cielo,
de los trabajos consuelo,
y estafeta del honor.

Es para el entendimiento
aire regalado y manso,
es de las penas descanso,
y de la tristeza aumento.

La misma gloria en que está,
el mismo gusto que encierra,
no tiene cosa en la tierra
que más parezca de allá.

Salen dos MÚSICOS cantando

MÚSICOS: "El valeroso Alejandro
de Médicis, que al de Grecia
quitó la gloria en la paz
y la ventura en la guerra,
con el estandarte santo
del que la nave gobierna
del gran Vicario de Cristo,
y las armas de la iglesia,

fue en Florencia el primer Duque,
y a no ser sola Florencia
mayor conquista en el mundo, 115
segundo Alejandro fuera;
que la espada y la ciencia
le dio Apolo en la paz, Marte en la guerra.

ALEJANDRO: ¡Notablemente han cantado!
La letra me ha satisfecho, 120
no porque nunca en mi pecho
lisonjas hayan entrado,
mas porque está bien escrita.

CARLOS: No ha pintado mal tu historia
el poeta. 125

ALEJANDRO: Con mayor gloria
su voz me anima e incita.

OTAVIO: Lo mismo Alejandro hacía,
que en cualquier combate fiero,
o leía un rato a Homero,
o alguna música oía. 130

ALEJANDRO: Dadle esos cien escudos
en esa bolsa.

OTAVIO: ¿Qué digo,
señores?

MÚSICO 1: ¿Quién es?

OTAVIO: Amigo,
como a las veces los mudos
alcanzan de los señores 135
más que los que voces dan,
en este bolsico van
cien escudos.

MÚSICO 2: Que tú ignores
que somos hombres, me espanto,
que tenemos de creer, 140
que eso pueda merecer
la humildad de nuestro canto.

OTAVIO: Aquel Duque os los da.

MÚSICO 1: ¿El Duque?

OTAVIO: Sí.

MÚSICO 1: Dios le guarde.

OTAVIO: Acudid allá a la tarde. 145

MÚSICO 1: ¡Qué Alejandro!

MÚSICO 2: Así lo es ya.

Vanse los MÚSICOS

ALEJANDRO: ¿Sabéis en qué he parado?
En que aquesto ha sucedido,
y habemos visto y oído,
César palabra no ha hablado. 150
Ni se rió viendo al loco
de Celio con la mujer,
ni al reñir quiso poner
mano a la espada tampoco.
Y agora que oyó cantar, 155
no alzó la vista ofendida.
César, habla, por tu vida,
César, no dejes de hablar.
¿Qué tienes, César amigo?
¿Hay, por ventura, quien tenga 160
tus partes, y agora venga
a privar tanto conmigo?
¿De qué nace la tristeza?
Tu amigo soy.
CÉSAR: Gran señor,
yo pienso que este rigor 165
es propia naturaleza.
TRES SUERTES HAY DE ESTE MAL:
ocio, tristeza y la mía,
que es una melancolía
y una enfermedad mortal.
Es el ocio suspensión 170
en que está el mismo sentido
sin moverse detenido,
ni tener humana acción.
Es la tristeza tener
por qué estar triste, que un hombre 175
sabe de su mal el nombre,
y viénese a entristecer.
La fiera melancolía
es estar triste sin causa;
digo, sin la que se causa 180
de sangre, como la mía.
Doy palabra a vuestra alteza,
que no sé más ocasión.
ALEJANDRO: Causa tus estudios son,
César, de tu gran tristeza. 185

NO ESCRIBAS MÁS: dale Atilio
mis papeles; tu virtud
estima, y a tu salud
quiero que se ponga auxilio.
Yo pensé que te alegrara
la casa que fabricaste 190
junto a Florencia.

CÉSAR: Y pensaste
bien, ¡oh, nunca yo la labrara!

ALEJANDRO: ¿Qué dices?

CÉSAR: Que si no fuera
por ella, me hubiera muerto;
tanto me alegra el desierto, 195
tanto la corte me altera.

ALEJANDRO: Pues, si estás mejor allá,
vete por algunos días.

CÉSAR: No pensé que me darías
licencia. 200

ALEJANDRO: Ésa tienes ya.
CÉSAR: Beso los pies a tu Alteza.

[Habla OTAVIO aparte a CARLOS]

OTAVIO: (¿Si está enamorado?

CARLOS: No,
pues que licencia pidió
para aumentar su tristeza.)

ALEJANDRO: ¿Qué tratáis? 205

CARLOS: Pensaba Otavio
que César amor tenía,
porque no hay melancolía
de más rigor que su agravio.

ALEJANDRO: No, porque si lo estuviera,
no gustara de salir 210
de Florencia, ni vivir
donde a su dama no viera.

Quédate, Otavio, con él;
yo fingiré que me voy,
y sabe lo que es. 215

OTAVIO: Yo soy
su amigo, y el más fiel,
y pienso que me dirá
la ocasión, si alguna tiene.

ALEJANDRO: Carlos.

CARLOS: Señor.

ALEJANDRO: No conviene
que nos detengamos ya, 220
que aguardará quien sabéis.

CARLOS: Vamos, señor.

CÉSAR: Y nosotros,
¿no iremos?

ALEJANDRO: Quedaos vosotros,
o entreteneros podéis, 225
que este negocio es secreto.

Vanse ALEJANDRO y CARLOS

OTAVIO: ¿Por qué piensas que se ha ido
el Duque?

CÉSAR: ¿Está desabrido
conmigo?

OTAVIO: No, que es discreto.

CÉSAR: Pues ¿por qué?

OTAVIO: Porque supiese
por qué causa triste estás. 230

CÉSAR: ¡No me faltaba a mí más
de que el Duque lo entendiese!

OTAVIO: Luego, ¿no sabré lo que es?

CÉSAR: Debajo de juramento
de callar mi pensamiento, 235
o que palabra me des
de caballero y amigo.

OTAVIO: Yo la doy, y cuanto puedo
juro; habla, pierde el miedo
y declárate conmigo. 240

CÉSAR: Otavio, yo estoy enfermo.

OTAVIO: ¿De qué mal?

CÉSAR: No sé qué mal;
basta saber que él es tal,
que ya ni como ni duermo.

OTAVIO: ¿Es accidente, o dolor? 245

CÉSAR: Todo lo debe de ser.

OTAVIO: Mal dormir, y peor comer,
suele proceder de amor.

Estarás enamorado,
que esto nace de su impulso. 250

.....

CÉSAR: Al corazón me has tocado.

OTAVIO: Pues ¿de quién, cómo o adónde,
que de Florencia te vas?

¿Trátante mal? 255

CÉSAR: Tú sabrás,
que un gran mal mi bien esconde.

OTAVIO: ¡Válgame Dios! que me has hecho
pensar cosas que me ofenden.

CÉSAR: No creas tú que se entienden
los secretos de mi pecho. 260

OTAVIO: Duda pongo en tu lealtad:
algo quieres imposible.

CÉSAR: Antes en ser tan posible
está la dificultad.

OTAVIO: ¡Volverme has loco! 265

CÉSAR: No quiero,
sino que sepas mi daño.

OTAVIO: Habla.

CÉSAR: Oye el desengaño.

OTAVIO: Escucho.

CÉSAR: Espera.

OTAVIO: Ya espero.

CÉSAR: Labré una hermosa quinta
una legua de Florencia, 270

Otavio, a orilla de un río
que sus campos hermosea.

Puse en ella dos jardines
que a Babilonia pudieran
dar envidia en artificio, 275
árboles y flores bellas.

Puse cuatro hermosas fuentes
con mil copas de Amaltea,
de pórfido y de alabastro,
y de varios jaspes hechas, 280

por cuyos dorados caños
vertía un arca secreta,
mil pedazos de cristal
y muchas perlas deshechas. 285

Puse famosas pinturas
de aquel artífice en ellas,
que en el pincel y en el nombre

es un ángel en la tierra.
 Allí mil ninfas desnudas
 daban con sus carnes bellas 290
 imaginaciones locas
 entre soledades necias.
 Miraba a Venus y Adonis
 una tarde en una siesta,
 él con un bozo dorado, 295
 y ella con doradas trenzas.
 Allí en el suelo el venablo,
 con las borlas de oro y seda,
 y los perros, de calor,
 sacando al aire las lenguas. 300
 Cupidillo, que jugaba
 con un carcaje de flechas,
 --yo pienso que aunque pintado,
 es discreción que se tema--
 diome deseo de amar 305
 una mujer como aquélla
 si la hallase hoy en el mundo,
 quiero decir, en Florencia.
 Vine a la ciudad, Otavio,
 miré en calles y en iglesias 310
 algunas castas matronas,
 algunas nobles doncellas,
 mas ninguna parecía
 que era semejante a aquélla.
 ¿Quién vio un hombre enamorado 315
 de imaginación tan necia?
 Viendo, pues, que no podía
 hallarla, ni estar sin ella,
 volvíme triste a mi quinta
 a contemplar su belleza. 320
 Mil veces con celos quise,
 aunque el lienzo se perdiera,
 cortar el Adonis todo:
 ¡mirad si amor tiene fuerza!
 Otras veces, en su rostro 325
 retratar el mío quisiera,
 porque pintura a pintura
 gozara lo que pudiera.
 Al fin, más triste que nunca,
 me salí al campo una siesta, 330

por la margen de un arroyo
y el toldo de una alameda.
Los ánades que en él veía
iba apartando con piedras,
que enamorado del aire, 335
el aire me daba ofensa.
Llegué a una fuente nativa,
que entre dos pintadas peñas
formaba aquel manso arroyo,
bullendo el agua en la arena. 340
Y vi, ¿reiráste si digo
lo que vi?

OTAVIO: Como no sea
que te hayas enamorado
de algún ave, o si no, bestia,
di, César, lo que quisieres, 345
que allá de Jerjes se cuenta
que se enamoró de un árbol.

CÉSAR: Árbol fue, mas en dureza.
Estaba una labradora
de rodillas en la tierra, 350
dando con un paño golpes
en una nevada piedra.

Los blancos brazos desnudos,
porque una camisa nueva,
con unos puños labrados 355
de hilo de oro y seda negra,
de los hombros le pendía,
donde llegaban las hebras
del cabello, que cubría
la frente rizada y crespá. 360

OTAVIO: Acaba ya de decir,
César, sin tantas quimeras,
que era una fregona pobre
o una humilde lavandera.
Que más quisiera mil veces 365
que dijeras que una cierva,
un galápago, una araña
te enamoró con sus piernas,
que no una mujer tan vil.

CÉSAR: ¡Oh, cuánto los hombres yerran!
¡Qué cosas maravillosas
a los ignorantes cuentan! 370

¿No pudo hacer Dios, Otavio,
 en una mujer como ésta,
 un milagro de hermosura? 375
 OTAVIO: No digo yo que no pueda,
 pero vense pocas veces
 la hermosura y la bajeza.
 CÉSAR: Esas son constelaciones
 e influjos de las estrellas. 380
 Esta tuvo en su favor
 los benévolos planetas:
 nació hermosa y es hermosa,
 ya cuantos nacieron sepan.
 OTAVIO: Di adelante. 385
 CÉSAR: Al fin alzó
 los ojos a ver quién era
 el que en el agua hacía sombra;
 vi el rostro.
 OTAVIO: Sin duda es bella,
 pues tú la encareces tanto.
 CÉSAR: Para que no la encarezca, 390
 quiero llevarte a mi quinta,
 y que tú mismo la veas.
 OTAVIO: Pues ¿está en ella?
 CÉSAR: No, Otavio,
 pero está de allí muy cerca,
 que es hija de un molinero. 395
 OTAVIO: ¿Que lava y es molinera?
 CÉSAR: Vino este día a lavar,
 o a matar, mejor dijera.
 Hábléla, y a su hermosura
 parecieron sus respuestas, 400
 al fin es bello retrato
 de aquella Venus.
 OTAVIO: No creas
 que es pequeña admiración
 pensar en lo que me cuentas,
 que una labradora pobre 405
 parece a Venus.
 CÉSAR: O es ella
 la que allí fue retratada,
 Otavio, o yo no soy César.
 En fin, desde aquel arroyo,
 desde aquella fuente fresca, 410

desde aquella siesta....

OTAVIO: ¿Es tuya?

¿Y la gozas?

CÉSAR: Yo te diera

la quinta, la quinta es poco;

diérate ¡por Dios! mi renta,

diérate mi vida misma.

415

OTAVIO: ¿Quién hay que impedirlo pueda?

¿No es labradora? ¿No es pobre?

¿No es mujer?

CÉSAR: No.

OTAVIO: Pues ¿quién?

CÉSAR: Princesa.

Que es, cuanto a ser labradora,

ángel; cuanto a pobre, reina.

420

OTAVIO: ¿Y cuanto al ser de mujer?

CÉSAR: Cuanto a ser mujer, Lucrecia.

OTAVIO: ¿Lucrecia?

CÉSAR: ¡Por Dios, Otavio,

que no han bastado con ella

servicios, regalos, obras,

425

penas, palabras, promesas!

Porque con ser labradora,

desprecia el oro y la tela,

y con ser casta en el alma,

lascivos gustos desprecia.

430

YO LA HE SERVIDO A SU MODO:

ya con grana de Valencia,

ya con sartas de corales,

ya con doradas patenas.

Pero ni con cosas propias

de su nativa aspereza,

435

ni por los vanos tocados

de Génova y de Venecia

es posible que se ablande,

ni a mis lágrimas se mueva,

que algunas llorar me ha visto,

440

sin recato, y con vergüenza.

¿Qué haré? ¡Que muero de amor

por la más hermosa fiera

que para castigo de almas

ha dado el cielo a la tierra!

445

¿Oyes, Otavio?

OTAVIO: No te aflijas,
pero pues tienes licencia
del Duque, vamos el día
que tú quisieres a verla.

CÉSAR: ¡Luego, Otavio, Otavio mío,

450

OTAVIO: Pues, espera
aquí; al Duque mi señor
solo le daré respuesta.

CÉSAR: Mira, que ha de ser fingida.

OTAVIO: Será como tú deseas.

CÉSAR: ¡Ah, Laura, cómo tu nombre
confirma con tu dureza!

455

*Vanse, y sale LAURA, labradora, BELARDO, ROSELO y
DORISTO, enharinado*

LAURA: ¿Qué locura os ha tomado?

BELARDO: Primero fue mi afición.

ROSELO: Primero fue mi cuidado.

DORISTO: Primero fue mi intención,
de estar con Laura casado.

460

LAURA: Si por entretenimiento
vuestro loco pensamiento
no hubiera tomado, hiciera
un castigo que excediera
tan notable atrevimiento.

465

Desviad, no me enojéis.

BELARDO: ¡Pardiez, Laura, buen aliño
con ese desdén tenéis!

LAURA: No son, rasgadme el corpiño.

470

BELARDO: No con el alma rasguéis.

LAURA: ¿Conmigo rústico vil,
tú por tú?

ROSELO: No te enojas,
Laura gallarda y gentil,
ni el día de Dios despojes,
que le dio tu luz sutil.

475

Todos te amamos, ninguno
quiere que su amor innoves,
ni ser al tuyo importuno;
todos somos tus Jacobes,
tú, Raquel de sólo uno.

480

Siete años y más tenemos

de servicios que a tu padre
por tu ocasión hecho habemos;
mira si es razón que cuadre 485
servir tú de estos extremos.
Otros siete serviría,
y aun otros mil, Laura mía,
como a tu gusto agradase,
si fuese tal, que igualase 490
la paga con la porfía.
BELARDO: ¿Tú eres para más que yo?
¿Tú más que yo amar pudieras?
ROSELO: ¿Que no te excediera yo?
BELARDO: No.
DORISTO: Cuando a Belardo excedieras, 495
que tanto amó y esperó,
no llegaras a mi fe,
porque como el firmamento,
quiere amor que firme esté;
y así es bien que a mi tormento 500
solo este premio se dé.
Y no compitas conmigo,
pues el derecho que sigo
se funda en tanta justicia,
que verá amor que es malicia, 505
y es dar a todos castigo.
Y sobre ello he de poner
la vida.
ROSELO: Pues en la mía
poco tengo que perder,
que es de Laura desde el día 510
que la merecí querer.
BELARDO: Si nos hemos de matar,
ahora es tiempo que entienda
Laura mi amor.
LAURA: ¡Qué pesar
con razón vengo a tomar 515
de vuestra inútil contienda!
Si dais en esta locura,
haré a mi padre que os eche
de casa.
DORISTO: Si eres tan dura,
que no hay cosa que aproveche 520
para volverte a blandura,

¿qué remedio ha de tener
nuestro amoroso cuidado?
LAURA: Que me pueda merecer
quien tuviere más honrado 525
y más firme proceder.
BELARDO: ¿En qué se verá?
LAURA: En servirme.
ROSELO: Di tú en qué.
LAURA: De buena gana.
BELARDO: No puedes, Laura, pedirme
cosa tan incierta y vana, 530
que no me parezca firme.
LAURA: Quien de estos papeles tres
lo que dicen me trajere,
ése gozará después
lo que de Laura quisiere. 535
.....
Ese, en fin, es el que quiero.
DORISTO: Repártelos sin agravio.
LAURA: Toma, Belardo, el primero.
BELARDO: ¿Quién te los dio? 540
LAURA: Cierta sabio
que anda en aquel monte fiero.
BELARDO: ¿Para qué son?
LAURA: Para hacer
más hermosa a una mujer.
BELARDO: Y esto, ¿dónde se ha de hallar?
LAURA: En el saberlo buscar 545
darás tu amor a entender.
Toma tú aquéste, Doristo,
y tú el tercero, Roselo.
BELARDO: Si por el bien que conquisto,
papel, lo que no es el cielo 550
fuese en vuestras letras visto,
no dudes de que no hay China
tan remota a do no fuese,
ni roca tan diamantina,
que mejor no la moliese 555
que si fuese Proserpina.
Voy a ver lo que decís.

Vase

DORISTO: Papel, sentid, si sentís,
que aunque pidáis a mi amor
el imposible mayor, 560
cosas fáciles pedís.
Iré donde al indio adusto
abrase el sol, sin disgusto,
o a la Libia rigurosa,
porque no hay dificultosa 565
al que sirve por su gusto.

Vase

ROSELO: Papel, si más imposibles
tuviérades que tenéis
letras, todos tan terribles
cuanto imaginar podéis, 570
fuerais a mi amor posibles.
Traeré seda, ámbar, algalia,
todo el tesoro de Italia,
con ser quien soy, no me entibia;
iré al Cáucaso, a la Libia, 575
traeré yerbas de Tesalia.

Vase

LAURA: ¡Gracias al inmenso cielo
que os apartó de mis ojos,
porque con bueno o mal celo,
dame vuestro amor enojos, 580
y es vuestro fuego mi hielo!
Nunca amé, nunca rendí
lo que Dios libre crió:
estoy en mí, vivo en mí;
tan presto se forma un "no," 585
como las letras de un "sí."
Líbreme Dios de tu fuego,
rapacillo, niño ciego,
dios injusto, rey sin ley;
pues apenas eres rey, 590
cuando eres esclavo luego.
Claras y hermosas corrientes
de estas cristalinas fuentes,
que del monte despeñadas

mostráis las horas pasadas, 595
 y no pasáis las presentes:
 a vuestro ejemplo, no gasto
 en vanidades los días,
 antes las fuerzas contrasto
 de algunas vanas porfías 600
 de amor con mi pecho casto.
 No trocaré, verdes plantas
 donde Dafne se entretiene,
 vuestras esmeraldas tantas,
 por cuantas México tiene, 605
 si el César me diese tantas.
 No se canse en pretender,
 ni con sus regalos quiera
 mi dureza enternecer,
 que soy en el alma fiera, 610
 si en la vista soy mujer.

Sale TEODORO, casero de la quinta, y DANTEA, labradora

TEODORO: Ruégaselo tú, Dantea.
 DANTEA: Está resuelta de modo
 que creo que inútil sea
 si le diese el mundo todo. 615
 TEODORO: No dudes que lo desea,
 mas quizá lo hará por ti.
 DANTEA: ¿Qué haces tan sola aquí,
 honra de aquesta ribera?
 LAURA: Mejor por ti lo dijera, 620
 haciendo espejo de mí.
 ¿Quién viene contigo?
 DANTEA: Viene
 el casero de la quinta
 de César.
 LAURA: ¡Buen talle tiene!
 Huye dél, que en una cinta 625
 amor se enlaza y detiene.
 Es como viento el amor,
 que cualquier hoja meneas;
 resístesele el honor,
 pero derriba y afea 630
 donde está seco el humor.
 No andes allá, por tu vida.

DANTEA: Escucha, si eres servida,
que es muy diferente el fin,
..... 635
si no es que estás divertida.
LAURA: ¿Cómo?
DANTEA: Quiere que por mí
recibas cierto presente
de César.
LAURA: ¿Estás en ti?
DANTEA: Allí te aguarda, en la fuente; 640
pues no te vayas así.
Llega, Teodoro.
TEODORO: Señora,
por Dios, que os duela un mancebo
tan noble, pues os adora.
LAURA: Teodoro, yo, ¿qué le debo, 645
que deba pagarlo agora?
TEODORO: Debéisle un ansia de amor
con que la vida consume.
LAURA: Que no la tenga es mejor,
pues ya conoce y presume 650
la fuerza de mi rigor.
TEODORO: ¿Hase de morir así?
LAURA: ¿Dile la ocasión?
TEODORO: Pues ¿quién?
LAURA: Si es noble, y pobre nací,
¿para qué me quiere bien? 655
¿Qué es lo que pretende en mí?
TEODORO: Más que decís entendéis,
mas suplicoos que toméis
esto que os ofrece agora,
que es propio de labradora, 660
porque no lo despreciéis.
Hay unas granas reales,
a quien haré mil agravios
en esas rosas iguales,
y una sarta de corales, 665
que afrentéis con vuestros labios.
Hay unos hilos de perlas,
a quien ya la envidia toca,
si al cuello queréis ponerlas,
de que tengáis en la boca 670

con qué poder deshacerlas.
 Hay un "agnus" luminado
 del pincel de un gran pintor,
 un rosario, aunque engarzado,
 con oro de más valor, 675
 por ser de ágatas labrado.
 Hay argentados botines,
 medias de Nápoles ricas,
 porque a su color te inclines.
 LAURA: ¡Qué honestos medios aplicas 680
 para deshonestos fines!
 Di a César, pues tuyas son,
 que es vana su pretensión,
 y queda con Dios, Teodoro.
 TEODORO: Oye. 685
 LAURA: Voyme.
 TEODORO: Entiende.
 LAURA: Ignoro.

Vase LAURA

DANTEA: ¡Fuése!
 TEODORO: ¡Extraña condición!
 DANTEA: Desdichado César fue,
 que aquesta piedra quisiese.
 TEODORO: No dudes, morir se ve. 690
 DANTEA: ¡Que aun esto no recibiese,
 ni buena respuesta dé!
 ¡Ojalá, Teodoro, fuera
 yo la que César quisiera!
 TEODORO: El amor no es elección. 695
 Síguela en esta ocasión,
 aunque es seguir a una fiera.
 DANTEA: Tras ella voy.

Vase DANTEA

TEODORO: Algún día
 amor ha de castigar,
 loca, tu ingrata porfía. 700

Salen ROSELO y DORISTO, con los papeles

ROSELO: Aquí suele el dueño estar
de esta quinta o casería,
y como de corte son,
sus criados leer sabrán.

DORISTO: Belardo en esta ocasión, 705
como ha sido sacristán,
nos diera mejor razón.
No me hubieran enseñado
a leer. ¡Qué pena tomo!

ROSELO: Éste es aquel hombre honrado 710
que es de César mayordomo.

DORISTO: A buen tiempo hemos llegado.
ÉSTE, TEODORO SE LLAMA:
mucho su señor le ama,
fíale hacienda y dineros.

TEODORO: Éstos son dos molineros 715
del padre de aquella dama.

DORISTO: ¡Oh, señor vecino!
TEODORO: ¡Oh, amigos!
¿Cómo va?

DORISTO: Gracias a Dios,
muy bien: buenos van los trigos.

TEODORO: ¿Qué buscan acá los dos? 720
DORISTO: Hablar con los enemigos.

ROSELO: ¿Sabe su merced leer?
TEODORO: ¡Pues no!

ROSELO: Lea, por su vida,
estas cédulas.

TEODORO: A ver.

ROSELO: Diga. 725
TEODORO: "Receta escogida,
con que puede una mujer
pararse en extremo hermosa."
ROSELO: ¿Eso nos manda buscar?
Diga.

TEODORO: La primera cosa
que dice es la flor de azar 730
de los dados.

ROSELO: ¡Qué famosa!
¡Linda flor de azar de dados!

TEODORO: "Item más: de un ángel, plumas."
Los cuentos son extremados.

ROSELO: De éstas habrá como espumas, 735

que hay mil ángeles pintados.

TEODORO: "De la luna el arrebol,
del gigante Fierabrás
el palo del guardasol,
y cuatro coces no más 740
de los caballos del sol.
Una cáscara del huevo
del cisne que a Leda amó,
y de la oliva un renuevo
que la paloma sacó 745
del diluvio al mundo nuevo.
La barba de una cometa,
de un mosquito los riñones,
.....
y las imaginaciones 750
del más celoso poeta."
DORISTO: ¡Pluguiera a Dios que así fuera
la mía!

TEODORO: ¿Andáis a buscar
esto?

DORISTO: Sí.

TEODORO: ¡Linda quimera!

DORISTO: Lea, que aun hay más que andar 755
sin ésta, que fue primera.
TEODORO: "Récipe para hacer
que se muera una mujer
por un hombre."
DORISTO: ¡Esta sí es buena!

TEODORO: Primeramente se ordena 760
que interés no deba ley.
DORISTO: Tanto que mejor, ¡par Dios!
TEODORO: "Item: dos onzas de tos
de Lucrecia resfriada,
cuando, por fuerza gozada, 765
salió en camisa a las dos.
Más una libra de viento
de la nave en que robó
Paris a Elena."
DORISTO: Eso siento;
¿podréla hallar? 770
TEODORO: ¿Por qué no?
DORISTO: ¿Una libra?
TEODORO: Sí, y aun ciento.

"Más siete libras del hilo
del ovillo de Teseo,
de la airada parca el hilo,
el sueño del dios Morfeo, 775
y el llanto del cocodrilo.
Cuatro arrobas del sonido
de la campana mayor
que se haya visto ni oído,
y un pañal del niño Amor, 780
lavado en agua de olvido."
DORISTO: ¿Cuatro arrobas?
TEODORO: Esto aplica.
DORISTO: Y esto, ¿dónde se ha de hallar?
TEODORO: En Florencia, en la botica.
DORISTO: Vámoslo luego a buscar. 785
ROSELO: ¿Llevaremos mi borrica?
DORISTO: Pues ¿en qué se ha de traer?
TEODORO: ¿Quién os lo ha pedido?
DORISTO: Laura.

Vanse los dos

TEODORO: ¿Quién sino ella pudo ser?
Ved con qué burlas restaura 790
el cansancio del querer.
A César escribir quiero;
como este bronce, este acero
no se ha podido ablandar,
malas nuevas le he de dar, 795
tales albricias espero.

Vase, y salen el Duque ALEJANDRO, y OTAVIO

OTAVIO: Hablé a César.
ALEJANDRO: ¿Qué dice?
OTAVIO: Varias cosas
que muestran ruin suceso.
ALEJANDRO: No tendría
gusto en mi vida si perdiese a César:
quiérole bien, que nos criamos juntos, 800
y en paz y en guerra le he tenido al lado,
fiándole las cosas de mi estado.
OTAVIO: Con gran razón le estimas.

ALEJANDRO: Finalmente,
Otavio, tiene estrella, tiene imperio
César sobre mi gusto, y el mandarte 805
que supieses tan apretadamente
la causa de este mal que le atormenta,
no solamente de este amor nació,
que aún hay otro mayor.

OTAVIO: Así los cielos
aumenten, gran señor, corona y gloria 810
de la casa de Médicis, tu estado;
que me digas a mí lo que sospechas
del mal del César.

ALEJANDRO: Yo te tengo, Otavio,
en mucho por dos cosas: la primera,
porque conozco tu nobleza y sangre 815
y las partes notables de tu ingenio;
y la segunda, porque no es posible
que un hombre a quien estima y quiere César,
entre otros muchos, por mayor amigo,
deje de ser de semejantes méritos. 820

OTAVIO: Si me abona el querer tú a César tanto,
y el quererme a mí César, está cierto
que lo que tú me quieres, él me quiere,
no porque con tu amor se iguale alguno,
que adora César en tus pensamientos, 825
tus imaginaciones reverencia,
y no tiene otro bien después del cielo;
mas pues, en fin, con igualdad me trata,
que el amor en iguales es más llano,
y sólo aqueste amor falta a los príncipes. 830

ALEJANDRO: Hablas muy bien, Otavio, mas volviendo
a lo que, como digo, he sospechado,
confiado de ti, como confío,
por alma de hombre que yo estimo tanto,
sabrás, que aunque negocios tan difíciles 835
de familia, República y de súbditos,
a un hombre como yo le ocupan tanto,
por un resquicio de ella o por lo estrecho
de una nema sutil que cierra un pliego,
se entró en mi alma una mujer tan bella, 840
que bastara decir que entró en mi alma.
Amor es como el sol, que si se aparta
de las entrañas de la tierra un vidrio,

.....

Dejando, pues, disculpas, sólo César
sabe este amor, y siempre que a su casa
la voy a visitar, César conmigo
hace el mismo viaje. 845

OTAVIO: Justamente
te fías de su espada y su secreto.

ALEJANDRO: Él iba alegre los primeros días,
y en medio de este gusto le ha caído
dentro del alma tan mortal tristeza,
que cuando va conmigo no me habla,
y si ve la mujer, baja los ojos,
y ni conmigo ni con ella trata
muchas cosas, Otavio, que solía. 850
855

OTAVIO: ¿Y qué presumes de esto?

ALEJANDRO: Yo presumo
que, pues Dios te dotó de tal ingenio,
ya debes de saber lo que presumo.

OTAVIO: Dirás que adora aquea dama. 860

ALEJANDRO: Digo,
que de verla y tratarla cada día
tan domésticamente, como es hombre,
no se pudo excusar de no querella.

OTAVIO: (Gran camino se ofrece de engañalle, **Aparte**
para que encubra sus amores César,
porque el Duque no sepa que tal hombre
puso los ojos en tan vil sujeto.) 865
Al fin, ¿eso sospechas?

ALEJANDRO: No he culpado
a César yo de aquea pensamiento,
porque si la verdad y hermosura
es amable por sí, y es tan señora,
cargado de negocios, me ha rendido
ocioso, libre y sin ningún cuidado.

Si César la servía de secreto,
si César intentara ofensa mía, 875
enojárame yo, Otavio, con César;
pero si veo yo que es tan honrado,
tan noble y tan leal, que por no vella
me ha pedido licencia de ausentarse
por un mes de mi casa y de mi corte,
y allá se quiere estar en sus jardines,
mucho razón será que yo agradezca 880

a César este término tan noble.

DI LA VERDAD: ¿es esto lo que sabes
del camino de César?

OTAVIO: Señor ínclito,
aunque con grandes juramentos vengo 885
obligado a callar, ningunos tienen
fuerza con el señor, igual de entrambas,
debajo de que a César no le digas
cosa ninguna de las que te digo:
sabe que César por tu dama muere, 890
y que se ausenta por no darte enojos,
siquiera con el mismo pensamiento.

(¡Oh, qué bien que le engaño y aseguro!) **Aparte**

ALEJANDRO: Otavio, huélgome de saber lo que quería.
¿Es ido César? 895

OTAVIO: No, pero ya tiene
las botas puestas y el caballo a punto.

ALEJANDRO: ¡Hola!

Sale un PAJE

PAJE: Señor.

ALEJANDRO: Llámame luego a César.

OTAVIO: Yo iré, si mandas.

Vase el PAJE

ALEJANDRO: Ese paje basta;
quédate tú.

OTAVIO: (Sospecho que fue yerro **Aparte**
decirle al Duque, sin hablar a César, 900
lo que agora podrá, pues no lo sabe,
hacerme mentiroso con el Duque
y desleal con César, quien no piensa
en los negocios graves, y los mira
tarde, y pasada la ocasión, suspira.) 905

ALEJANDRO: Un término leal, un noble trato
y un casto pecho y un dolor profundo,
una paciencia, en quien las glorias fundo,
una templanza, un singular recato,
hoy me ha de hacer magnífico retrato 910
del Alejandro de quien soy segundo,

pues más sus cosas que a ganar el mundo,
pueden hacer un príncipe beato.
Si a Apeles Alejandro dio su amiga,
no hizo mucho, pues la había gozado;
yo doy mujer que a mi respeto obliga,
por mostrar con mi pecho más honrado,
que basta que padezca y no lo diga,
para que de los dos quede premiado.

915

*Sale CÉSAR con botas de camino y espuelas, y el PAJE que le fue
a llamar*

CÉSAR: Será aumentar mi tristeza
si me detiene.

920

ALEJANDRO: Recibo
gusto en ver tu gentileza.

CÉSAR: Poniendo el pie en el estribo,
me dicen que vuestra Alteza,
señor, a llamar me envía.

925

ALEJANDRO: Salte allá fuera, Florelo.

.....

No entre aquí nadie.

OTAVIO: (Recelo **Aparte**
que ha sido ignorancia mía.)

ALEJANDRO: César, si estás satisfecho
de tu privanza y mi amor,
yo de tu nobleza y pecho,
tu lealtad y mi favor,
hay un muy notable hecho.

930

Tú has callado y padecido,

935

yo he sentido y he callado
por no te hablar; he entendido
que tú estás enamorado,
y lo que pasa he sabido.

Que quieres a Antonia, entiendo,
a quien quiero, como sabes,
mas no por eso me ofendo,
que con tus tristezas graves
todas sospechas defiendo.

940

Pues que tu melancolía
de amarla yo procedía,
y te quieres esconder
porque no quieres poner

945

los ojos en cosa mía,
 y pues con tanta lealtad 950
 has sufrido tanto amor,
 mirando la autoridad
 de tu príncipe y señor,
 y las leyes de amistad,
 lo que mereces me toca, 955
 y de manera me obliga
 ver que enmudezca tu boca,
 cuando el alma te persiga
 con una pasión tan loca.
 A mi Antonia darte quiero, 960
 y a fe de noble cristiano,
 Médicis y caballero,
 que no he tocado su mano,
 aunque por sus ojos muero.
 Casarte con ella puedes, 965
 seguro de esta verdad;
 que a los dos haré mercedes,
 para que mi voluntad,
 con ser su marido heredes.
 Ella es tal, que ha resistido 970
 todo cuanto pretendí
 sin título de marido,
 que en esto pienso de ti,
 tu igual merece haber sido.
 Esta liberalidad 975
 es muy digna de mi fama,
 mi nombre y mi autoridad,
 y esta bellísima dama,
 digna de tu voluntad.
 Con esto, lo que yo soy, 980
 a mi amor se paga hoy.

 CÉSAR: Señor, el cielo es testigo 985
 que si tu imaginación
 algún lisonjero amigo
 te ha dicho en esta ocasión
 que tus pensamientos sigo,
 y que mi melancolía 990
 de amar a Antonia procede,

que ha sido injusta osadía;
que ninguno saber puede
lo que de mí no se fía.
¿Yo, a Antonia? ¿Yo, atrevimiento 995
de poner el pensamiento
donde tú los ojos pones?
ALEJANDRO: Ya todas esas razones
son, César, sin fundamento.
Yo sé que por no ofenderme 1000
a tu soledad te vas;
no quieras, César, hacerme
que te diga en esto más,
ni tú menos entenderme.
Déjame, César, primero 1005
cumplir con mi obligación;
tu respuesta vitupero,
pues me quitas la ocasión
de mostrar lo que te quiero.
Si Alejandro soy en dar, 1010
como tú en amar Leandro,
no me quieras estorbar,
que las galas de Alejandro
pueda César heredar.
CÉSAR: Señor, que te han engañado. 1015
ALEJANDRO: Tú me engañas y me enojas.
Ven para hablarla a mi lado,
que de valor me despojas,
de mi virtud conquistado.
Pues a ti del más leal 1020
quieres que el mundo te nombre
César, con fama inmortal;
no me quites a mí el nombre
del señor más liberal.

[Se va ALEJANDRO]

CÉSAR: ¿Qué es esto, Otavio? 1025
OTAVIO: No sé;
esto el Duque imaginó,
y yo se lo confirmé,
mas por no decirle yo
que amabas a Laura fue.
Mi intención era ocasión 1030

de darle satisfacción.

CÉSAR: Tú me has muerto, Otavio, digo,
porque un ignorante amigo
mata con buena intención.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen ANTONIA, dama, y CÉSAR

ANTONIA: César, ¿cómo o cuándo ha sido 1035
la desdicha en que me veo?
¿Cuándo tuviste deseo,
César, de ser mi marido?
Dime, ¿cómo estás tan triste,
si pediste y alcanzaste? 1040
¿Qué es lo que alcanzando hallaste,
que tan presto enmudeciste?
¿Cómo así has enmudecido,
que palabra no has hablado?
César, aún no estás casado, 1045
¿de qué estás arrepentido?
CÉSAR: Antonia, si verdad fuera
que yo te tuviera amor,
digo amor, en el rigor
que a este punto me trujera, 1050
no estuviera enmudecido,
ni como me ves, helado,
ni primero que casado
estuviera arrepentido.
Entré en tu casa a servir 1055
al Duque, y saliendo un día,
me dio una melancolía,
que me ha llegado a morir.
Yo mismo, Antonia, no sé
la causa de esta pasión; 1060
pienso que del corazón
alguna enfermedad fue.
Miró en esto el Duque un día,
parecióle que te amaba,
viendo que no me alegraba 1065
como otras veces solía.
Dio en pensar que tanto mal
procedía de tu amor,
y que callaba el dolor,
de noble, honrado y leal. 1070
Como es príncipe piadoso,

tan grande, tan claro y justo,
 quiso más perder el gusto
 que dejarme a mí quejoso.
 Háblome y le respondí, 1075
 desvaneciendo su intento;
 pensó que era cumplimiento,
 y trújome, Antonia, aquí,
 donde te pide y convida
 que me admitas por tu dueño, 1080
 cosa, Antonia, que por sueño
 no me ha pasado en mi vida.
 De manera que si ha sido
 desdicha tuya en perder
 la gloria del pretender 1085
 tan excelente marido,
 no estima menos la mía,
 pues fue causa mi disgusto
 de que perdiese su gusto
 el Duque por cortesía, 1090
 que me obligase a mí,
 no habiéndome dado nada,
 pues no siendo de mí amada,
 no me ha dado nada en ti.
 ANTONIA: Cuando me amaste, o tuviste 1095
 imaginación de ser
 marido de una mujer
 a quien jamás pretendiste,
 ¡qué gran consuelo tuviera
 como fuera de ti amada, 1100
 y que el verme desechada
 de alguna ocasión naciera!
 Pero que pierda el señor
 y que no gane el criado,
 no sé yo quién ha llegado 1105
 a desventura mayor.
 Pues que no se halla medio
 para mi mal y su olvido,
 mira César, que te pido
 que procures mi remedio. 1110
 CÉSAR: Yo, Antonia, ya tengo el mío,
 que es irme a mi casería,
 donde esta melancolía
 pase riberas del río.

Y si el Duque preguntare 1115
por mí, puedes responder
que tengo mucho que hacer
en que mi mal se repare,
y que después trataré
de cosas, que importa al gusto. 1120
ANTONIA: De su enojo y mi disgusto,
yo sé quien la causa fue.
CÉSAR: ¿Quién? ¡Por tu vida! ¿Fue Otavio?
ANTONIA: No, sino mi resistencia.
Perdió el Duque la paciencia, 1125
y tóvola por agravio.
CÉSAR: No creas que de eso nace,
sino de haber entendido
que te adoro, y que tú has sido
la que tanto mal me hace. 1130
No deshagas esta hazaña
de su libre calidad,
tan digna de eternidad
en Francia, Italia y España.
Que Alejandro no te diera 1135
si menos gloria alcanzara,
porque tu gusto le amara
y tu honor le resistiera.
ANTONIA: Yo pienso, César, llorar
muy de veras este engaño. 1140
CÉSAR: Yo, lo que resta del año
en mi soledad pasar.
Mira, señora, ¿qué quieres?
Que estoy ya muy de partida.
ANTONIA: Que de mi honor y mi vida 1145
piensa que el estrago eres,
y que a la gracia me vuelvas
del Duque.
CÉSAR: Yo lo haré,
y hasta entonces ¡por mi fe!
que al hablar no te resuelvas. 1150
ANTONIA: Perderás esos enojos,
y yo perderé mis celos.
CÉSAR: ¡Ay, villana de los cielos,
cuándo te verán mis ojos!

Vanse, y sale LAURA con un cantarillo, y BELARDO con el papel

BELARDO: ¿Esto había de pedir, 1155
 Laura, a un hombre como yo?
 LAURA: Luego ¿esto era mucho?
 BELARDO: No,
 no me pudiera impedir,
 cuando ello posible fuera,
 que en tanta razón lo fundo, 1160
 si en los límites del mundo
 se hallara o nacido hubiera.
 LAURA: Pues, ¿qué tiene ese papel
 que no esté puesto en razón?
 BELARDO: Para burlas, pues lo son, 1165
 no pocas has puesto en él.
 ¡Par Dios, Laura, que ese humor
 más es de una gran señora,
 que de humilde labradora!
 LAURA: Dicen que quien tiene amor 1170
 todo lo halla posible;
 ofensa a tu amor hiciera
 si lo posible pidiera,
 y pídotte lo imposible.
 BELARDO: Mira lo que dice aquí 1175
 si a ti te parece poco,
 porque no me vuelvas loco,
 oye, y no me culpes.
 LAURA: Di.
 BELARDO: "Tomarás cuatro estornudos
 del dios Baco en escabeche, 1180
 de las cabrillas la leche
 y la habla de seis mudos,
 y luego seis libras toma
 de asaduras de aradores,
 y en quejas de ruiñeñores, 1185
 los echa en una redoma.
 Toma cuatro lunas viejas
 de adonde estén desechadas,
 y después de hechas tajadas,
 las cuece en miel de lentejas. 1190
 Toma de influjos de estrellas
 seis celemines no más,
 y esto todo colarás,
 después de majado en pellas,

por un paño de anascote 1195
 del manto de la gran noche,
 y con la lanza de un coche,
 traído como almodrote.
 Ponlo en viéndola dormir,
 que ella dirá si le ofende, 1200
 pero todo esto se entiende,
 si ella lo quiere decir.
 LAURA: ¿Y eso es muy dificultoso
 de buscar, Belardo amigo?
 BELARDO: De que te burlas conmigo, 1205
 Laura, yo no estoy quejoso,
 pero de que hagas favores
 a Doristo y a Roselo,
 pues a mí, con justo celo
 debes hacerlos mayores. 1210
 Aunque rústico, he leído,
 y aunque pastor, he estudiado;
 sé de labranza y ganado,
 sé de amor y sé de olvido.
 Aunque he sido labrador, 1215
 no siempre he sido grosero.
 LAURA: Belardo, yo no te quiero
 confesar que tengo amor,
 pero si en las veras toco,
 está seguro también 1220
 que eres en el mundo quien
 no puedo ni tengo en poco.
 En caso que el padre mío
 quiera casarme algún día,
 nadie como tú sería 1225
 más dueño de mi albedrío.
 BELARDO: ¿A todos preferirás?
 ¡Que a tan altas glorias vengo!
 ¿Quieres el alma que tengo?
 Mira que no tengo más. 1230
 ¿Quieres que me vuelva loco?
 Porque con un cuerdo puede,
 bien que a tanto bien excede,
 estimar menos que poco.
 ¿Tal bien merecí de ti? 1235
 LAURA: Tampoco, Belardo, quiero
 que te desvanezcas.

BELARDO: Muero
en pensar que vivo en ti.
LAURA: Cerca estamos de la fuente;
vete, no venga Dantea, 1240
o otro alguno que me vea
estar contigo.

BELARDO: Deténate.
LAURA: ¿Qué quieres?
BELARDO: Mándame en tanto
algo en que te sirva.

LAURA: Vete,
y hazme un bello ramillete. 1245
BELARDO: Robaré a la tierra el manto;
quitaré las varias flores
de que se muestra compuesto,
mayormente las que han puesto
transformaciones de amores, 1250
o las que mi amor imiten;
aunque si pasas después,
tú las darás con los pies
más que mis manos les quiten.

Vase

LAURA: Ni sé de amor, ni tengo pensamiento 1255
que me incline a pensar en sus memorias,
que sus desdichas, como son notorias,
de lejos amenazan escarmiento.
Sus imaginaciones doy al viento,
sirviéndome de espejos mil historias, 1260
y así de la esperanza de sus glorias,
aún no tengo primero movimiento.
Amor, Amor, no puedes alabarte
de que rindió tu fuego mi albedrío,
ni que en el campo voy de tu estandarte. 1265
Las flechas gastas en un bronce frío;
no te canses, Amor, tira a otra parte,
que es fuego tu rigor, y nieve el mío.

Vase; salen CÉSAR y TEODORO

CÉSAR: Vuélvete acá, Teodoro,
que aquí la quiero buscar. 1270

TEODORO: ¿Qué es lo que quieres cenar?

CÉSAR: Esto que suspiro y lloro.

TEODORO: Anda, que vives cansado,
y eso será desatino.

CÉSAR: No me ha cansado el camino;
hame cansado el cuidado. 1275

TEODORO: Perdices hay extremadas
que hoy me trajo un cazador.

CÉSAR: ¿Son de lazo?

TEODORO: No, señor,
antes vienen azoradas,
que están de linda sazón. 1280

CÉSAR: Todos cazan lo que emprenden;
sólo a mí se me defienden
su dureza y condición.

En fin, ¿no quiso la grana? 1285

TEODORO: Cosa ninguna tomó:
hasta en no tomar mostró
que es su condición villana.

Conoce a lo que se obliga
quien toma. 1290

CÉSAR: Dices verdad;
vete.

TEODORO: Adiós.

Vase TEODORO

CÉSAR: ¡Oh, soledad,
de mis desdichas amiga!
Descanso en ti solamente,
porque en contemplar me agradas
de una fiera las pisadas 1295
que trae veneno a esta fuente.

¡Ay de mí, que aquélla es!
Que a la boca, para henchilla,
pone allí una cantarilla,
y sobre el mármol, los pies. 1300

¡Oh, efeto de mi pasión,
ansias débiles y tiernas,
temblando me están las piernas
del peso del corazón!
Corazón de fuego y hielo, 1305
no peséis mientras pensáis,

que si tanto me pesáis,
 daréis conmigo en el suelo.
 ¿De qué furioso león,
 de qué tigre estáis temblando? 1310
 ¿Qué toro me está mirando,
 que así tembláis, corazón?
 ¿Así tiembla un caballero?
 No es animal, que es mujer,
 pero ¿dónde puede haber 1315
 algún animal tan fiero?
 Y dado que mujer sea,
 ¿de qué Amazona tembláis?
 ¿Qué Lucrecia conquistáis?
 ¿Qué reina miráis, qué dea? 1320
 ¿No es ésta una labradora
 con un cántaro de barro,
 y no el venablo bizarro
 de la bella cazadora?
 Pues, ¿cómo agora teméis 1325
 a hacer las historias nuevas,
 que aquel príncipe de Tebas,
 o que desnuda la veis?
 ¡Que no sólo está vestida,
 sino de rigor armada! 1330

***Ha de haber en el tablado una fuente, donde ha de haber estado
 todo este tiempo LAURA, junto a ella, hinchendo el cantarillo***

LAURA: ¡Cielos! ¡Toda estoy turbada,
 de ver este hombre, ofendida!
 ¡Yo pensé que no volviera
 de la corte al monte más!
 CÉSAR: ¡Deténte! ¿Dónde te vas? 1335
 ¡Espera, Dafne ligera!
 ¡Plegue a Dios que en el laurel
 donde ella se transformó
 te vuelvas, para que yo
 ciña mi firmeza dél! 1340
 Supe que tomar no quieres
 mi presente, para ser
 diferente, aunque mujer,
 de las más de las mujeres.
 Hasme enojado, pues veo, 1345

aunque esto siempre lo vi,
 que no me estimas a mí,
 pues no estimas mi deseo.
 Que yo te enfade, no es mucho,
 pues que no me tienes fe. 1350
 LAURA: De mí me espanto, a la he,
 César, de ver que os escucho.
 Sepamos qué obligación
 de no tomar me caería,
 lo que vuestro amor me envía, 1355
 adonde falta razón.
 Si hubiera correspondencia
 de mí a vos, y despreciara
 vuestros dones, yo pensara
 que eran efetos de ausencia; 1360
 pero si no puedo yo
 igualaros ni quereros,
 ¿de que podéis ofenderos?
 CÉSAR: Igualarme, ¿cómo no?
 Que no me meto en quererme, 1365
 pues imposible ha de ser
 despertar una mujer
 que a tan fieros golpes duerme.
 ¿Qué te falta, o qué no sobra
 en tu valor para mí? 1370
 LAURA: ¿No me entendéis?
 CÉSAR: Laura, sí.
 LAURA: César, quien obliga, cobra.
 NO OS CANSÉIS EN OBLIGARME:
 yo tengo resolución,
 que mil libras de pasión
 no dan de gusto un adarme. 1375
 Basta que nuestros criados
 a vos se vuelven corridos
 de verse tan resistidos
 de mis intentos honrados.
 No permitáis vos también 1380
 venir aquí donde os venza,
 para volver con vergüenza
 de mi forzoso desdén.
 Pues os basta estar corrido
 de ver que un liviano amor 1385
 querrá derribar mi honor,

tantos años defendido.
 No suelen los caballeros
 venir por aquí a estas horas
 a burlar las labradoras 1390
 con regalos lisonjeros.
 Esas vanas falsedades,
 llenas de palabras feas,
 no son para las aldeas,
 gastaldas en las ciudades. 1395
 Que os juro que no podréis
 vencerme, aunque más finjáis,
 si en esta fuente os tornáis
 con lágrimas que lloráis.
 Y esto no es desprecio, no, 1400
 que fuera descortesía,
 mas sola estimación mía
 y honor que profeso yo.
 Tengo un padre viejo, y tal,
 que puesto que es molinero, 1405
 como al Duque le venero,
 vuestro señor natural.
 Y cuando no le tuviera,
 por mí sola no bastara
 el Rey que me conquistara 1410
 para que a Dios ofendiera.
 Ya no hay remedio que os cuadre,
 pues que son tres contra vos:
 mi padre, después de Dios,
 y yo, después de mi padre. 1415
 CÉSAR: No te preguntaba yo
 toda aquesa historia junta.
 LAURA: Por no escuchar la pregunta,
 la respuesta se alargó.
 CÉSAR: Mil veces estoy pensando 1420
 que te falta entendimiento.
 LAURA: Que te sobra atrevimiento
 siempre estoy considerando.
 CÉSAR: ¿No conoces que merezco
 una mujer, sea quien fuere? 1425
 LAURA: La que queréis, si no os quiere,
 como necia la aborrezco.
 CÉSAR: Luego ¿aborrécete a ti?
 LAURA: No, que vos no me queréis,

porque sólo pretendéis, 1430
 César, burlaros de mí.
 Quien quiere, quiere el honor
 y el bien de aquello que quiere;
 quien quiere el gusto, prefiere
 al santo honor el amor. 1435
 César, mi honor defiende.
 CÉSAR: No le puedes tú perder,
 pues siendo humilde mujer,
 enriquecerte pretendo.
 No te faltará marido; 1440
 y que mi mujer te hiciera,
 no dudes, si no tuviera
 al Médicis ofendido.
 Yo lo sé, porque lo temo,
 puesto que tu amor me anima, 1445
 que aunque en extremo me estima
 me aborrecerá en extremo.
 Amóme por mi virtud;
 si en mí conoce esta falta
 una persona tan alta, 1450
 y de tanta rectitud,
 no me ha de ver más la cara.
 Vuelve tú por mi opinión,
 que no es bien que tu afición
 me venga a costar tan cara. 1455
 No fundes en interés
 del honor lo que es mejor;
 fúndate en amor, que amor
 se paga en lo mismo que es.
 Laura mía, Laura bella, 1460
 más bella y más dura que el
 alma de piedra en laurel,
 que al mismo Sol atropella.
 Que eres laurel bien se entiende
 de ese tu intento y valor, 1465
 pues el rayo de mi amor
 no te toca ni te enciende.
 Si no fuera voluntad
 tan del alma aquesta mía,
 muchas mujeres había 1470
 hermosas en la ciudad.
 No soy yo tan desechado,

no tan viejo, ni tan feo,
que no fuera mi deseo
de algunas de ellas amado. 1475
Si tienes entendimiento,
conoce aquesta verdad,
y verás que su beldad
no es honesto pensamiento.
Mi llanto, pena y tristeza 1480
te muevan del César hora;
que en fin, cuando un hombre llora,
grande amor o gran flaqueza.
LAURA: Ya conozco el falso estilo:
por la fecha sé la mano; 1485
no conmigo, cortesano,
lágrimas de cocodrilo.
CÉSAR: Mira, que me mataré.
LAURA: Mejor es que no matarme;
quiero el oído taparme. 1490
CÉSAR: ¿Eres piedra?
LAURA: No lo sé,
pero mejor es quitar
la ocasión.
CÉSAR: Laura bella,
¿qué desesperada estrella
un bronce me obliga a amar? 1495
LAURA: Déjame.
CÉSAR: Dame a beber
con aquesa cantarilla;
yo volveré luego a henchilla.
Hazme, Laura, ese placer.
Dame esa agua. 1500
LAURA: ¿Agua pedís?
CÉSAR: Sí, para templar la boca.
LAURA: Es toda esta agua muy poca
para el fuego que decís.
Tomad, bebed.
CÉSAR: Muestra.
LAURA: ¡Cielo,
poned alas en mis pies! 1505
Que está loco, y si lo es,
corre peligro mi celo.
Por estas ramas me voy.

En tanto que está bebiendo CÉSAR, se va LAURA

CÉSAR: ¡Laura, Laura, Laura mía!
Seguirte, Laura, podría, 1510
y dejar de ser quien soy.
Pero si Apolo corrió
tras de otro duro laurel,
tras quien es lo mismo que él,
¿qué mucho que corra yo? 1515
Pero no, que si la sigo,
cuando la venga a alcanzar,
o la tengo de forzar,
o la he de llevar conmigo.
¿Qué dije? ¡Válgame Dios! 1520
¡Deténte, amor, que eres loco!
¡Honor, detenelde un poco,
pues que sois tan cuerdo vos!
¡Detened este caballo
tan fuerte, que me despeña! 1525
¡Mirad que es fuego, y soy leña,
que es rey y que soy vasallo!
Ya habla el honor; pues hable
no de Laura, laurel, roble;
como es villana y soy noble, 1530
hay diferencia notable.
Si fuera un tosco villano,
no se ofendiera de mí;
mas no voy bien por aquí,
pues el argumento es llano. 1535
Si noble la quiero bien,
siendo villana tan llana,
bien puede, siendo villana,
querer a un noble también.
¡Terrible fue mi desdicha, 1540
no puede llegar a más!
¿De cuál amante jamás
ha sido escrita mi dicha?
¡Que una labradora humilde
me quite el Duque, mi dueño, 1545
la corte, el sustento, el sueño!
¡Cielos! que muero, decilde.
Volved por mí, que estoy loco,
no de amor, de lo que pierdo;

que cualquiera que ama es cuerdo 1550
mientras que le cuesta poco.
Mal me defendéis, honor;
volvedme a reprehender.
Yo, César, ¿qué puedo hacer
donde tanto puede honor? 1555
Laura es hermosa, es crüel,
quiere a un laurel, que es lo propio.
Bien dice, no es medio impropio:
¡alto! buscaré un laurel.
Vele aquí, mas son antojos, 1560
haréle ¡por Dios! pedazos;
tiene ramas, no son brazos,
tiene hojas, no son ojos.
¡Qué triste imaginación!
Pues que consolarme quiero, 1565
perdiendo lo verdadero
con los que retratos son.
Árbol para triunfos ciertos,
como fueras para mí,
coronárame de ti 1570
si fueras árbol de muertos.
Si en las vitorias has sido
premio del que puede más,
¿cómo para mí serás?
que soy de Laura vencido. 1575
Dicen que no crece amor
donde no hay correspondencia
y que con la resistencia
ha venido a ser mayor.

YO AMO Y NO SOY AMADO:

paga mi amor con olvido. 1580
¿Cómo he de ser escogido,
pues apenas soy llamado?
¡Que me abraso, que me muero!
Piedad de mis dulces ojos,
¡tantos villanos enojos, 1585
a un alma de un caballero!
Desnudaréme; haré cosas
que muevan a compasión.

Sale BELARDO

BELARDO: Estos los mármoles son
de aquellas fuentes hermosas 1590
donde a mi Laura dejé.

Laura mía, mas ¡ay, triste!

CÉSAR: ¿Volviste, Laura? ¿Volviste?

BELARDO: Sin duda Laura se fue.

CÉSAR: ¿Quién eres, que a mi dolor
estás presente? 1595

BELARDO: ¡Ay de mí!

¿César no es aquéste? ¡Sí,

y de esta quinta el señor!

Algún mal grave le ha dado,

¿Qué tenéis? ¿Qué habéis habido? 1600

CÉSAR: Desdichas, amigo, han sido,
de un mal nacido cuidado.

BELARDO: ¿Estáis acaso en desgracia
del Duque? Habráos descompuesto

envidia, que suele presto 1605

trocar en odio la gracia.

¡Ah, palacio mal seguro!

VED LO QUE PUEDE EL MANDAR:

que es la envidia en el bajar

lo que la yedra en el muro.

Señor, haced buena cara 1610

a la Fortuna, aunque fiera,

porque ninguno subiera,

si no es que alguno bajara.

Quiero avisar en la quinta

antes que se pase el día; 1615

pienso que en la fantasía

algunas quimeras pinta.

Lo que acude de tropel

a un cortesano perdido,

memorias de lo que ha sido 1620

cuando ya no rezan dél.

Quiero avisar a Teodoro

y a los que con él están,

adónde hallarle podrán.

Vase

CÉSAR: Al fin, Laura, yo te adoro. 1625

Estaba en mi fantasía
 consultando la Razón,
 por ver si era obligación
 quererte bien, Laura mía.
 Sentóse el Entendimiento 1630
 en su silla a presidir;
 dio la Memoria en venir
 con el uno y otro cuento.
 Alegó de tu hermosura
 la vista méritos tales, 1635
 que más fueron celestiales
 que no de mortal criatura.
 Replicó el Honor que fuiste
 villana y mi desigual,
 que era contra ti fiscal, 1640
 y supo cómo naciste.
 Amor, tu procurador
 dio una petición por ti;
 pidió término, y en ti
 fue buen término el rigor. 1645
 Sacó un desprecio el proceso
 de tus desdenes tan malo
 que apenas hubo un regalo
 testigo en todo el suceso.
 Y estando toda la sala 1650
 en aquesta confusión,
 dijeron a la Razón
 más de alguna razón mala.
 Echando al Entendimiento
 con una extraña crueldad, 1655
 dieron a la Voluntad
 la presidencia y asiento.
 Y ella, como juzga ciega,
 aunque jamás te ofendí,
 me manda entregar a ti: 1660
 ¡ved a qué fuego me entrega!
 Tú, sin guardar el decoro
 de reina, tan mal me tratas,
 que te adoro, y tú me matas,
 y en fin, Laura, yo te adoro. 1665

Salen OTAVIO, CARLOS y TEODORO

OTAVIO: No hubiera yo venido, ni dejara
que él viniera, Teodoro, si supiera
que su mal se aumentara de esta suerte.

CARLOS: A lástima notable me ha movido.

OTAVIO: Podrá mover, señores, a las piedras.

1670

CARLOS: ¿Es aquél que allí está medio desnudo?

TEODORO: Él es, sin duda.

OTAVIO: ¡Ah, César! ¿Qué es aquesto?

Los caballeros nobles, los que aspiran
a gobiernos, a fama, a pretensiones
dignas de la nobleza de su sangre,
los que son el espejo de la corte,
en quien también sus ojos pone el príncipe,
toman los demás virtuoso ejemplo,
¿se dejan olvidar de esta manera,
del ser, gobierno, mando, obligaciones,
espejo, ejemplo y lo demás que debe
un hombre a ser quien es?

1675

1680

CARLOS: Muy mal parece,
señor César, que un hombre de las partes
que Dios ha puesto en vos, las aventure
de esta manera por tan vil sujeto.
Esto no es cosa que ella lo agradece.

1685

Si fuera una señora que entendiera
esos efetos de un amor tan loco,
y dándoles lugar en la memoria
los pagara después con muchas lágrimas,
no fuera mucho hacer esas locuras;
pero una villaneja que no sabe
más de llevar el agua a su molino
e ir al monte, a la corte y al aldea
con la carga del pan y de la leña,
y por ventura sufre los requiebros
de algún villano con mejores ojos,
es lástima que os quite la memoria
de quien sois, tan a costa de la vida,
y no menos del alma y de la honra.

1690

1695

1700

CÉSAR: Corrido estoy que así me hayáis hallado,
y de que Carlos como estoy me vea;
que en fin, Otavio, de mi mal testigo,
no importa que lo fuera en mis flaquezas.

Carlos, mancebo sois, hombre de ingenio,
¿quién duda que sabréis por experiencia

1705

o por lo que en los libros habréis visto,
la gran fuerza de amor?

CARLOS: ¿Queréis agora
darnos disculpa?

CÉSAR: ¿No es razón?

CARLOS: No, César,
sino entrar en su casa libremente, 1710
quitársela a su padre aquesta noche,
y en gozándola, darla algún dinero,
que lo tendrán los dos a gran ventura.

OTAVIO: Carlos dice muy bien, que entre villanos,
la fuerza solamente es de provecho. 1715

¡Mucho entiende de efetos amorosos
una hija, por Dios, de un molinero!
Estas quejas son buenas para Orlando,
desvanecido por la bella Angélica,
empero para vos, de ningún modo. 1720

Aquí tenéis amigos tan del alma,
que por vos perderán hacienda y vida,
criados en la quinta y buenas armas.
Vamos luego, que el manto de la noche
encubre el sol, y sin gastar palabras, 1725
lágrimas, quejas, voces y suspiros,
la gozaréis a todo vuestro gusto.

CÉSAR: Amigos, ya parece que serena
su cara el cielo, que se quita el aire,
que ha parecido el sol, la luz hermosa, 1730
que se tranquila el mar, que llevo al puerto.
Dadme aquesta mujer de cualquier modo.

OTAVIO: ¡Qué grave Elena, que robar intentas!
Perdiérase Florencia como Troya.
¡Vamos de aquí! 1735

CÉSAR: Bien dices, que el más pobre
es quien menos amigos tiene y goza,
y aquel que tiene más, ése es más rico.
Vosotros sois, amigos, mi riqueza;
por vosotros saldré de esta locura,
que amor gozado, puesto que estoy loco, 1740
bien sé que para en arrepentimiento.

¡Vamos! Y tú, Teodoro, prevén armas.

OTAVIO: Armas y gente, la que basta y sobra.

TEODORO: Bastan media docena de arcabuces,
para cuarenta mundos de villanos. 1745

CÉSAR: Y más si se fabrican de mi fuego.

CARLOS: Presto verás tu gusto.

CÉSAR: ¡Ah, Laura, ingrata,
así se ha de tratar a quien maltrata!

*Vanse y salen ROSELO con una alforja, DORISTO con una cesta
tapada, y LAURA*

LAURA: ¿Que de Florencia venís?

¿Que habéis en Florencia estado? 1750

ROSELO: Y aun hubiéramos llegado
a Nápoles y a París.

No hemos dejado botica
donde no hayamos mostrado
las cédulas. 1755

LAURA: ¿Que os han dado
lo que pedí?

DORISTO: ¡Cosa rica!

LAURA: Pues ¿de adónde lo traéis?

DORISTO: En Florencia un estudiante,
pienso que era nigromante,
por cinco reales o seis, 1760
nos dio bastante recado.

LAURA: ¿Traéislo?

ROSELO: Yo traigo el mío
en esta alforja, que fío
que viene muy bien guardado.

LAURA: Muestra a ver. 1765

ROSELO: Este papel
es la flor de azar de dados,
que son dos ases pintados
a manera de clavel.
Ésta es del ángel la pluma,
que de un retablo quitó, 1770
que allí de bulto halló,
que no en el cielo presuma.

Éste es papel de arbol
de cierta luna menguante,
y éste, leño del gigante, 1775
el palo del guardasol.

Las coces de los caballos
del sol traigo en este lomo:
Sol se llama un mayordomo,

y fui a su casa a esperallos. 1780
Ésta es cáscara del huevo
del cisne, y ésta la oliva
de la paloma.

LAURA: ¡Así viva,
que eres gallardo mancebo!

ROSELO: El humo de la escopeta 1785
traigo en esta caja.

LAURA: A ver.

ROSELO: Saldráse, no es menester
vello; lo que es del poeta
varias imaginaciones,
traigo en aqueste librito, 1790
y dentro de este vasito,
del mosquito los riñones.

LAURA: (Bravamente lo han cumplido. **Aparte**
Alguno los ha engañado.)
Muestra tú. 1795

DORISTO: También he hallado
todo lo que me has pedido.
La tos de Lucrecia es ésta.

Tose DORISTO

LAURA: Tente, bueno está.

DORISTO: El viento
de la nave cogí a tiento,
y traigo en aquesta cesta. 1800

LAURA: Muestra.

DORISTO: No tiene color,
ni cuerpo para tocar,
pero tan cierto es estar,
como yo que os tengo amor.
Éste es hilo de Teseo. 1805

LAURA: ¿Tan gordo?

DORISTO: Hilólo su agüela
que era ya muy vieja; en vela,
no tiene sueño Morfeo,
pero venid a mi cama
desde las once a las seis, 1810
adonde hallarle podéis.

Sale LUCINDO, padre de LAURA

LUCINDO: Siempre al lado de su dama,
 siempre acá en conversación.
 ¡Váyanse al monte malhora!
 ¡Y qué ufana la señora 1815
 está oyendo su razón!
 LAURA: ¿Yo, señor?
 LUCINDO: Yo, señor, pues;
 ¡váyanse luego!
 ROSELO: Sí harán.
 LUCINDO: Pues ¿qué aguardan?
 ROSELO: Ya se irán,
 que no se han de ir en sus pies. 1820

Vanse los dos

LUCINDO: ¿Para qué, Laura, entretienes
 estos necios?
 LAURA: Preguntaba
 lo que en Florencia pasaba,
 como cuando de allá vienes.
 LUCINDO: Hija, una honrada mujer 1825
 no tiene que preguntar;
 del preguntar y el hablar
 nace luego el responder;
 del responder, la amistad,
 del amistad, el desprecio, 1830
 y más, amistad de un necio,
 que es peste la necedad.
 LAURA: Ya tienes satisfacción
 de que, aunque vivo sin madre,
 sé que te tengo por padre, 1835
 y que sé tu condición.
 Si la honra se perdiese,
 en tu pecho se hallaría.
 LUCINDO: Lo que la bajeza mía
 a lo menos permitiese. 1840
 Pero en ser de labrador,
 que en esto es común la ley,
 que entre el labrador y el rey,
 hago espejo del honor.
 El cortesano se nombra 1845
 con diferente grandeza,

mas no hay pelo en la cabeza
que no piense que hace sombra.
Haz, por tu vida, que allá
no traten esos de ti, 1850
porque tu remedio en mí
no duerme, despierto está.
Este Belardo es buen mozo,
y ha que sirve muchos años.
LAURA: ¿Finges aquestos engaños, 1855
por verme el alma en el gozo?
LUCINDO: No, sino porque es mi gusto.
LAURA: Y el tuyo mi voluntad.
LUCINDO: Ruido siento, y en verdad
que a estas horas me disgusto. 1860

***Salen CÉSAR, OTAVIO, CARLOS, TEODORO y gente con
escopetas***

CÉSAR: Entrad con libertad.
OTAVIO: ¡Mirad qué alcázar,
sino un molino pobre!
LUCINDO: ¿Qué es aquesto?
¡Oh, vecinos! ¡Oh, César!
CÉSAR: ¡Oh, Lucindo!
LUCINDO: ¿Háseos perdido acaso alguna caza?
CÉSAR: La caza que buscamos es aquésta: 1865
asid a Laura.
LUCINDO: ¡Ay, desdichado!
¡Ay, mísero de mí! César, ¿qué haces?
CÉSAR: Andad, buen viejo, que ésta es honra vuestra;
yo daré buen marido a vuestra hija
y a vos muy buena renta, de manera 1870
que dejéis esa vida trabajosa.
LUCINDO: No soy, traidor, aunque villano pobre,
tan vil que venda yo mi propia sangre,
ni padre tan avaro, que mi hija
te dé por la codicia de tu hacienda. 1875
Que en aqueste molino derribado
soy más bueno que tú cuarenta veces
en tu quinta pintada y llena de armas;
que esta harina que cubren estas puertas
es más limpia que el oro de las tuyas. 1880
CÉSAR: Buen viejo, si queréis guardar la vida,

no habléis en ofensa de mi gusto.

LUCINDO: ¿Sabes que hay Dios?

CÉSAR: ¡Pues no!

LUCINDO: ¿Sabes que hay duque?

CÉSAR: Y le sirvo en su casa.

LUCINDO: Pues avísote.

LAURA: ¡Ah, padre! ¡Ah, padre mío! ¿Así me dejas
en poder de estos fieros?

1885

LUCINDO: Hija mía,
si te comprara con piadosas lágrimas,
si con la sangre de mis secas venas,
no dudes que la diera por tu honra.

CÉSAR: Tirad con ella.

1890

LAURA: ¡Ah, padre!

Llévanla, y queda solo LUCINDO

LUCINDO: ¡Ah, fiero bárbaro!

¡Águila, que me llevas mi paloma!

¡Valiente, que a un pobre molinero...!

¡Ah, gente! ¡Amigos, hola!

Salen BELARDO, ROSELO y DORISTO, molineros

BELARDO: ¿Qué es esto? ¿Que dais voces?

ROSELO: ¿No os vais ahora, bueno?

1895

LUCINDO: A mi Laura querida lleva César.

BELARDO: ¿César, el dueño de esta casería?

LUCINDO: César es dueño de esta infame hazaña.

BELARDO: ¡Vamos allá! ¡Rompámosle las puertas!

LUCINDO: ¿Con cuáles armas?

1900

BELARDO: Piedras son bastantes.

LUCINDO: Venid conmigo.

DORISTO: ¡Oh, perro!

ROSELO: ¡Ay, Laura mía!

LUCINDO: ¡Justicia, Duque de Florencia!

ROSELO: ¡Ah, cielos!

LUCINDO: ¡Justicia, noble Médicis!

DORISTO: ¡Da voces!

BELARDO: No temas, pues a todos nos conoces.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen LUCINDO, BELARDO y ROSELO

BELARDO: Parece que a entrar no aciertas. 1905

¿Qué tienes ya que temer,
honra, fama y vida muertas?

LUCINDO: Apenas oso poner
los ojos en estas puertas.

ROSELO: ¿Qué mal te puede venir, 1910
pues que vienes a pedir
tu justicia?

LUCINDO: Temo entrar.

ROSELO: Preven un honesto hablar,
y está seguro al salir.

LUCINDO: Ofendo al mayor señor 1915
del mundo en este temor,
que dudar de su justicia
es ofender con malicia
la fama de su valor.

Es el Médicis famoso, 1920
tan justo con el que es rico,
con el pobre tan piadoso,
tan igual al grande y chico,
tan freno del poderoso,
que le agravio en no atreverme. 1925
¿Qué hará agora?

ROSELO: Acaso duerme,
que estos señores muy tarde
se levantan.

LUCINDO: Dios le guarde;
aquí puedo entretenerme.
¡Qué bellísima portada! 1930
¡Válame Dios, qué de pechos
tienen por aquí la entrada!
unos a lisonjas hechos
y otros con filos de espada.
¡Qué de quejosos también! 1935
o porque favor les den
o porque les pagan mal.
En fin, éste es un caudal

de un gran linaje de bien.
Representa a Dios un hombre
que está puesto en este estado.

BELARDO: Calla, padre, y no te asombre
haber en su casa entrado
sin traje, vestido y nombre,
pues como dices, conoces
su valor.

LUCINDO: A su valor
dará mi justicia voces,
que atrás deja en el temor
las hojas de honor feroces.
Estas doradas molduras,
estas puertas levantadas
con ricas arquitecturas,
sin ser de justicia honradas,
fueran humildes y oscuras.

No las columnas en torno,
no los jaspes con adorno:
la justicia los realce,
que no quiere que se ensalce
la lisonja y el soborno.

Estas armas bien ganadas,
no por estar bien grabadas
esas grandezas merecen;
por justicia resplandecen
en las tarjetas doradas.

BELARDO: ¡Qué de historias hay aquí!
Todas son claras hazañas
de los Médicis.

LUCINDO: Yo fui
testigo en tierras extrañas
y en las propias muchas vi.
No siempre fui labrador,
algún tiempo fui soldado.

ROSELO: ¡Oh, cómo muestra valor
en aquel caballo armado!

LUCINDO: No fue el de Marte mejor.
Esta gran casa fundó
Cosme de Médicis.

BELARDO: ¡Qué hombre!
El mundo dél se admiró.

ROSELO: No se olvidará su nombre.

LUCINDO: ¡Qué bien le conocí yo!

ROSELO: ¿Para qué se labra aquí
esta insigne fortaleza?

LUCINDO: Alejandro quiere así
asegurar su cabeza.

ROSELO: Pues ¿tiene enemigos?

LUCINDO: Sí,
que la virtud soberana,
nunca deja de seguilla
la envidia fiera inhumana.

BELARDO: ¿Esta casa es maravilla?
¡Deleite es Villacayana!

LUCINDO: Ésa labróla Laurencio
de Médicis.

ROSELO: Dad silencio,
que sale el gran Duque a misa.

LUCINDO: Poco en la real divisa
del griego se diferencia.

Sale el Duque ALEJANDRO, con guardas, y CELIO

ROSELO: Agora puedes llegar;
atraviésate a sus pies
y no le dejes pasar.

LUCINDO: ¡Señor! ¡Ah, señor!

ALEJANDRO: ¿Quién es?

LUCINDO: Yo soy, que te quiero hablar.
Si jamás, señor, tuviste
lástima a algún hombre triste,
huérfano y desconsolado,
tenla de mí, que he llegado
a un mal que jamás oíste.

La pobreza de este viejo,
la desventura y lealtad
en tanta edad, sin consejo:
no apartes tu autoridad
de que les sirva de espejo.

Mírame, y verás en mí
un agravio que me han hecho,
y también es contra ti,
que llamado de tu pecho,
osé llegar hasta aquí.

Tu justicia acostumbrada

y tu virtud: no es posible
que no levante la espada,
con que maldad tan terrible
pueda quedar castigada.

Que si se disimulase
y sin castigo quedase,
no hay duda de que otra gente
se atreviese hasta tu frente,
y de ella el laurel quitase.

ALEJANDRO: Buen viejo, apártate aquí,
donde los que me acompañan
no te oigan.

LUCINDO: Harélo así.

ALEJANDRO: ¿En qué lágrimas se bañan
tus barbas?

LUCINDO: ¡Triste de mí!

ALEJANDRO: Amigo, aunque las culpas y delitos
graves y de importancia, es justa cosa
castigallos en público, mil veces
de la improvisa furia pesa al príncipe,
porque el pecado es natural al hombre,
y si tomarse de él enmienda puede
sin la severidad del grave escándalo,
y no excediendo de las leyes lícitas,
parece que el juez le da más crédito.

Esto te he dicho, porque en tus palabras
me has dado a sospechar que te ha ofendido
alguno de mi casa, y no querría
afrentarlos en público, pudiendo
castigar en secreto su delito.

Dios puso por pastores a los príncipes
para que guarden, velen y reparen
la más ínfima plebe, no sufriendo
que el poderoso y rico los agravie;
dime aquí, sin que nadie nos entienda,
de qué te quejas, y la causa.

LUCINDO: Escucha:
sabrás qué es, y que la causa es mucha.

Sobre las aguas del río
que por la ribera corre
de esta famosa ciudad,
tu patria y de tus mayores,

famoso Duque Alejandro 2055
 de Médicis, cuyo nombre
 vive, a pesar de la envidia
 de lenguas en mil naciones,
 tengo un molino en que vivo:
 cien ovejas, dos pastores, 2060
 hacienda de mis abuelos,
 ¡qué mayorazgo tan pobre!
 Seguí mozuelo las armas,
 los romanos atambores,
 antes que pasase a Francia 2065
 Carlos a los españoles.
 Guiábame la virtud,
 y el natural retiróme
 adonde colgué la espada
 y troqué el laurel en roble. 2070
 Caséme y tuve una hija;
 murió su madre y quedóme
 por gobierno y compañía,
 aunque con años catorce.
 Fue creciendo en la virtud 2075
 y en los años, cuyos loores
 no te digo por ser padre,
 que dirás que son conformes.
 Ya que estaba en buena edad
 para casarla, se opone 2080
 mi desdicha a su virtud.

Llora

ALEJANDRO: Prosigue, amigo, no llores.
 LUCINDO: Cerca de aqueste molino
 labró un caballero noble
 una casa de placer, 2085
 casi a la mitad del bosque.
 Apenas oso decirte
 el nombre, porque es el hombre
 que más quieres en tu casa,
 y más estima tu corte. 2090
 Pero, pues es tan forzoso,
 si las señas no conoces,
 César se llama, en quien cesa
 de los Césares el nombre.

Salió a caza, señor, 2095
 este César por los montes,
 ya con los ligeros perros,
 ya con los pardos halcones.
 Y alguna vez, que por dicha
 topó con Laura en las flores 2100
 de un prado, que de unas peñas
 las vertientes aguas coge,
 se enamoró de tal suerte,
 que procuró desde entonces
 vencerla con sus regalos, 2105
 moverla con sus razones;
 mas viendo que era imposible,
 y que el oro y seda en cofres
 era contrastar con vidrios
 de su honestidad las torres, 2110
 con sus criados y amigos
 vino a mi casa una noche,
 con más armas y arcabuces
 que si los quitara a Londres.
 Y de mis brazos, que ya 2115
 sus secos nervios encogen,
 la fría sangre en las venas,
 aunque corazón me sobre,
 me robó mi amada hija
 con tan infames razones 2120
 que a mí me daba dinero,
 y a Laura, marido y dote.
 Asíase la cuitada
 a mis brazos, dando voces
 para que fuesen mis canas 2125
 sagrado de sus traiciones.
 Pero cual suele el villano,
 que con la segur de un golpe
 derriba el olmo y la hiedra,
 así nos aparta y rompe. 2130
 Llevómela de mis brazos,
 gran Alejandro, y llevóme
 el alma y el honor mío,
 y a su castillo se acoge.
 Mira tú si has visto padre 2135
 con más tristes ocasiones
 de dolor y de ventura

en tan notable desorden.
 Junté mi pobre familia
 por armas y petos dobles, 2140
 mohosas lanzas y espadas,
 que el largo tiempo corrompe.
 Y en llegando a sus puertas
 a las ventanas se ponen,
 y quizá por espantarnos, 2145
 ponen al hombro las voces
 y tiran tres arcabuces,
 a quien el eco responde,
 cuyo plomo, si le había,
 no quiere Dios que nos tope. 2150
 Yo, viéndome sin remedio,
 dejo el robo y los traidores,
 y echándome en aquel suelo,
 pienso abrir su centro a voces.
 Pasé dos días así, 2155
 y el ver que hay Dios levantóme
 una noche al cabo de ellos,
 y cercó la casa y monte,
 donde a mis tristes suspiros,
 acaso, no sé por donde, 2160
 LAURA DIJO: "Padre mío,
 ya que este villano torpe
 satisfizo sus deseos,
 atada y muerta, no enojas
 al cielo, pues en la tierra
 hay príncipes y señores. 2165
 Vete a los pies del gran Duque,
 y porque el caso disforme
 no pienses que es por mi culpa,
 esos cabellos recoge."
 Arrojóme los cabellos, 2170
 que con sus manos feroces
 se arrancó Laura llorando,
 y díjeles mil amores.
 Besélos, y en mi arrugado
 pecho los puse, y sirvióme 2175
 de pítima su sustento,
 que me faltaba tres noches.
 Vine desde allí a tus pies
 para que venganza tome,

y para aqueste castigo
de laurel tu frente adornes. 2180

ALEJANDRO: Buen viejo, no te aflijas, que contigo
tengo el crédito justo, que este agravio
tendrá presto el castigo que merece;
mas guárdate: no sea que levantes 2185
a César este grave testimonio
y me obligues a cosa que te cueste
quitarte la cabeza de los hombros,
porque César es hombre bien nacido,
bienquisto de mi casa y de mi corte 2190
y con fama de casto y venturoso;
pero siendo verdad, no pongas duda,
que no te quejarás de que Alejandro
no te hizo justicia.

LUCINDO: Señor mío,
el caso es cierto, y para prueba basta 2195
que tenga allá mi hija; vuestra alteza
puede enviar jüez, siendo servido,
y verá que es verdad.

ALEJANDRO: Pues vete luego
a tu casa, donde hoy seré tu huésped,
y allí sin falta comeré contigo, 2200
y guárdate: no digas esto a nadie.

LUCINDO: Guárdete el cielo. Vamos, hijos míos.

BELARDO: ¿Qué has negociado?

LUCINDO: Oiréislo en el camino.

Vanse LUCINDO, ROSELO y BELARDO

CELIO: ¿Qué te quieren, señor, estos villanos?

ALEJANDRO: Hame dicho aquel viejo que en su tierra 2205
anda un gran jabalí que le destruye
su hacienda, y con mil lágrimas me pide
que solamente.... Haz, Celio, por tu vida,
que mientras oigo misa, ensillen.

CELIO: Creo
que le dieras albricias al villano. 2210

ALEJANDRO: (¡Así, César traidor! Agora entiendo **Aparte**
la causa de este mal, y lo que había
para dejar de hacer el casamiento
que os estaba tan bien; pues estad cierto

que no venza mi amor vuestra malicia,
ni en los Médicis falte la justicia.) 2215

Vanse, y salen DANTEA y DORISTO

DANTEA: ¿Por adónde la has hablado?

DORISTO: Por detrás de su jardín,
entre unas matas echado,
porque allí fuera mi fin 2220
si fuera de alguno hallado.

DANTEA: ¿Qué tal está?

DORISTO: Sin sentido.

No la hubiera conocido
por la cara tan feroz
que allí tiene, si la voz 2225
no me tocara al oído.

DANTEA: ¿Qué te dijo?

DORISTO: Mil tristezas,
de mil lágrimas bañadas,
a quien hasta las durezas
de estas montañas peladas 2230
ablandaran sus ternezas.
Contóme cómo la había
aquel tirano forzado,
y cómo se defendía;
yo, enamorado y turbado, 2235
más lloraba que entendía.
Dijo que estaba encerrada
en un aposento.

DANTEA: Acaso
estará de él olvidada,
porque es el segundo paso 2240
de toda mujer gozada.
En la iglesia dijo el cura,
Doristo, que cuando Amón
gozó con fuerza perjura
de su hermana y de Absalón, 2245
que fue [Tamar] la hermosa,
de suerte la aborreció,
que ella mucho más sintió
que la echase aborrecida,
que la honestidad perdida, 2250
aunque al alma le llegó.

Y así pienso que estará
Laura aborrecida ya,
de ese florentín Tarquino.
DORISTO: ¿Quién viene por el camino?
DANTEA: No llames, que cerca está.
DORISTO: Si no me engaña, Dantea,
esa rama de taray.
DANTEA: No es señor; para bien sea.

2255

Salen LUCINDO, ROSELO y BELARDO

LUCINDO: ¡Dantea!
DORISTO: Nuesamo, ¿qué hay?
LUCINDO: Lo que es bien que el mundo crea
de tal príncipe y señor,
de un Médicis, en efeto,
donde es tan propio el valor.
BELARDO: ¡Qué príncipe tan discreto!
ROSELO: ¡Qué santo legislador!
LUCINDO: Ya viene a comer aquí.
ROSELO: Sólo diz que quiere entrar.
LUCINDO: Aunque labrador nací,
de comer le quiero dar.
DANTEA: ¿Decíslo de veras?
LUCINDO: Sí.
Ve, por tu vida, Dantea,
y adereza que coma,
como con presteza sea.
DANTEA: Muestra aquesas llaves.
LUCINDO: Toma,
y como al uso de aldea.

2260

2265

2270

2275

Vase DANTEA

BELARDO: Su nobleza, padre, es tal,
que se hallará entre el sayal,
y comerá a nuestra mesa.
LUCINDO: De que no tenga, me pesa
hoy, de Alejandro el caudal.
Sacad una mesa aquí,
con los manteles mejores.

2280

Va DORISTO por la mesa

¿No canta Tirrena?

ROSELO: Sí.

LUCINDO: ¿Y Lauso?

2285

ROSELO: También, que ignores....

BELARDO: De eso me espanto.

LUCINDO: ¡Ay de mí,
estoy sin entendimiento!

BELARDO: Lucindo, mostrad contento

y verá el Duque mejor

que tenéis honra y valor,

2290

y que hacéis su mandamiento.

LUCINDO: Bien decís, porque ninguno

de los que vienen con él

sabe mi mal importuno;

está la venganza dél

2295

en que no lo sepa alguno.

Saca DORISTO una mesa muy pobre

ROSELO: Aquí ya la mesa está.

LUCINDO: ¡Qué pobreza!

DORISTO: ¿No está limpia?

¿Qué pena, Lucindo, os da?

ROSELO: Por aquel pie se columpia.

2300

LUCINDO: Ponle un canto.

ROSELO: Bien está.

LUCINDO: ¿Toallas?

Ponen unos manteles y servilletas toscas

BELARDO: No son sencillas,
pero son de Laura y tuyas.

LUCINDO: ¿Hay silla?

Saca una silla de costillas, mala

DORISTO: La de costillas.

ROSELO: Tendrá en el aire las suyas,
si acá no hay bordadas sillas.

2305

LUCINDO: ¿Habrà principio?

DORISTO: No sé;
legumbre es nuestro principio.

ROSELO: En tus alientos se ve.
 BELARDO: Comerá Doristo un ripio, 2310
 como entre alcorzas esté.
 DORISTO: Vos, en adobo, un jumento.
 LUCINDO: Eso, sí; mostrad contento.
 BELARDO: ¿Qué mayor se ve, ni alcanza, 2315
 que el día de la venganza?
 LUCINDO: El cielo sabe el que siento.
 DORISTO: Ruido de gente suena,
 que del molino el ruido
 encubre.
 LUCINDO: ¡Sea en hora buena!
 ROSELO: ¡Señor, el Duque ha venido! 2320
 Tu venganza el cielo ordena.
 BELARDO: Él entra.

Salen ALEJANDRO, Duque, y gente de guarda, y CELIO, de caza

LUCINDO: ¡Oh, heroico señor!
 ¡Qué inmortal ha de vivir
 mi casa con tu valor,
 que veo de grandeza henchir 2325
 con las obras de tu honor!
 EL RÍO CORRE MÁS FUERTE:
 sospecho que viene a verte,
 y como en las ruedas toca,
 a música las provoca
 por donde sus aguas vierte. 2330
 Todas estas alamedas,
 parece que están cantando
 a imitación de las ruedas,
 porque dice el viento blando
 que no están las hojas quedas. 2335
 Por este monte vecino
 resuena el monte un divino
 acento a las aves junto,
 llevándolas contrapunto
 la cítara del molino. 2340
 Trigo vierten los graneros
 ya sobre las tolvas, blancos;
 todos estos molineros
 se han puesto vestidos blancos
 por venir de fiesta a veros. 2345

Mirad bien cómo pasáis,
 que os teñiréis con la harina;
 pero no, que ya lo estáis
 de la grandeza divina
 que hoy a los Médicis dais. 2350
 Si queréis de nuestro oficio
 parte, altísimo señor,
 tomar aqueste ejercicio,
 porque tenga más valor
 lo que sabéis que codicio. 2355
 Que este río, hacer me obligo,
 de cristal, sus arboledas
 de esmeraldas, como digo,
 y moleré en estas ruedas
 aljófara en vez de trigo. 2360
 ALEJANDRO: Buen huésped: yo estoy contento
 de tu buen acogimiento,
 que estas humildes cabañas,
 en tus sinceras entrañas,
 hacen un rico aposento. 2365
 Ya que en tu molino ves
 mi persona, es bien que al doble
 te estimes.

LUCINDO: Beso tus pies.

ALEJANDRO: Para que un noble a algún hombre
 puedas igualar después. 2370
 ¿Cuándo iremos a buscar
 aquel fiero jabalí?
 LUCINDO: Aún no acabas de llegar;
 descansa, señor, aquí,
 pues te deja descansar, 2375
 que no se nos puede ir.
 ALEJANDRO: ¿Eso habemos de temer?
 LUCINDO: Ha hecho para dormir
 cama de yerba y placer.
 ALEJANDRO: Pues yo le sabré seguir, 2380
 en caso que se levante.
 LUCINDO: Metió una cierva, señor,
 en su casa el arrogante,
 y con extraño furor
 la deshizo en un instante. 2385
 ALEJANDRO: Pues si él tiene qué comer
 no saldrá de su acogida.

LUCINDO: Allí le puedes coger.

ALEJANDRO: Costarle tiene la vida,
o yo no tendré poder. 2390

LUCINDO: Justo parece, en verdad,
que nos come nuestra hacienda.
.....

ALEJANDRO: (¡Que este villano me entienda, **Aparte**
y hable con tal propiedad! 2395
¡Oh, fuerza del santo honor!)

LUCINDO: Pienso que os diera dolor
la ciervecita que mata.

ALEJANDRO: (¡Qué bien de su historia trata!) **Aparte**

LUCINDO: Del bosque fue la mejor, 2400
blanda, tierna, humilde y mansa.

ALEJANDRO: Como agora, que no importa,
mientras mi fuerza descansa.

LUCINDO: Si este cuello el Duque corta,
grandes tiranos amansa. 2405

Sentaos, señor, a comer,
en aquesta pobre mesa.

ALEJANDRO: Yo lo he mandado traer,
mas de mandarlo me pesa,
pudiéndolo vos tener, 2410
que fue poner en un hombre
tan honrado mal conceto.

LUCINDO: La bajeza de mi nombre
os hizo a vos tan discreto.

ALEJANDRO: (¿A quién hay que esto no asombre?) **Aparte** 2415
No entre, Celio, la comida;
vuélvase a la gente allá.

CELIO: Estaba ya apercebida.

ALEJANDRO: Del huésped la mesa está
antes de esto proveída. 2420

CELIO: ¿Meterán un par de platos?

ALEJANDRO: Tampoco aquí he de comer,
que tener aquesos tratos
con quien esto sabe hacer,
es de huéspedes ingratos. 2425

Sentaos, buen viejo.

LUCINDO: Señor,
yo he de servir de rodillas.

ALEJANDRO: Yo os quiero hacer este honor:
tengamos iguales sillas,

que habéis menester valor. 2430

LUCINDO: Gran señor.

ALEJANDRO: No repliquéis;

así la presa gocéis

de aquel jabalí arrogante.

LUCINDO: Llevando esta luz delante,
vencido me le daréis. 2435

ALEJANDRO: Sentaos.

Siéntanse en un banquillo

LUCINDO: Ya, señor, me asiento,

mas no con atrevimiento,

ni el alma arrogancias fragua,

que era de un molino de agua

hacer molino de viento. 2440

ALEJANDRO: (¡Qué entendido labrador!) **Aparte**

LUCINDO: Comed de aquesta pobreza,

ya que gustáis, gran señor,

de cifrar vuestra grandeza,

con hecho de tanto amor. 2445

ALEJANDRO: ¿Qué hay debajo de este plato?

¿Es papel?

LUCINDO: Gran señor, sí.

ALEJANDRO: ¡Buen principio!

LUCINDO: Aunque no trato

de esto, por principio os di

de esta virtud un retrato. 2450

Abre ALEJANDRO el papel y léele

[ALEJANDRO:] "El principio de la comida del buen príncipe
es la consideración de quien eligió de sus
súbditos esté a semejantes horas con hambre
de justicia."

¡Buen principio! Yo le tomo 2455

por tal, y este día le quiero,

si así mis descuidos domo.

(Pensé que era molinero. **Aparte**

Con un filósofo como.

Alejandro vino a ver 2460

a Diógenes un día,

y hoy lo mismo vino a ser,
y de esta filosofía
tengo mucho que aprender.)
¿Qué gente es ésta? 2465

ROSELO: Han venido
a dar placer a su Alteza.

ALEJANDRO: ¿Cantan?

ROSELO: Lo que han aprendido
de este bosque en la aspereza.

ALEJANDRO: En todo discreto ha sido;
tengo notable afición 2470
a la música.

ROSELO: Tirrena,
cantad alguna canción,
mientras comen norabuena
Júpiter y Filemón.

*Cantan los MÚSICOS, que han de haber salido cuando se asienta
a comer el Duque*

MÚSICOS: "El blanco pecho desnudo, 2475
entre las pequeñas sierras
que del medio levantadas
forman una blanca senda,
con una sangrienta daga
que la esmalta y atraviesa 2480
de rubíes y crueldad,
está la casta Lucrecia.

Mirándola estaba Roma,
levantada su cabeza
de sus siete montes altos, 2485
coronada su soberbia.

El Tibre, padre de Remo,
llorando lágrimas tiernas
quiere anegar la ciudad
por satisfacer su afrenta. 2490

¡Oh, Lucrecia desdichada!
Que si en el tiempo nacieras
de este famoso Alejandro,
gran Médicis de Florencia,
no te mataras así, 2495
pues era cosa muy cierta
que él vengara tus agravios,

y tú con honra vivieras."

ALEJANDRO: ¿También por acá se sabe esta historia?

2500

LUCINDO: Sí, señor.

ALEJANDRO: Tras un principio süave,
filósofo labrador,
¿cómo un ejemplo tan grave?

Por mi fe, que la comida
me ha de entrar en buen provecho.

2505

BELARDO: Trae postre.

LUCINDO: Que os pida,
ya de mi honor satisfecho,
sea de vos bien recibida,
desatino me parece,
siendo vos, señor, aquel
que esta humildad engrandece.

2510

DORISTO: Aquí hay postres.

ALEJANDRO: Y un papel,
por postre también se ofrece.

Toma el papel ALEJANDRO y léele

"El postre de la comida del buen príncipe, es
que a tales horas todos sus súbditos estén
satisfechos de sus agravios."

2515

No comeré yo jamás
que de esto haya algún quejoso.

Sale DANTEA

DANTEA: Dos ciervas, si no son más,
por este bosque frondoso
van dejando el aire atrás.

2520

Por la ventana las vi
que cae al río, señor.

ALEJANDRO: Pues ¡alto! Vamos de aquí,
que a vueltas de este rumor
se cazaré el jabalí.

2525

¿Quién es esta labradora?

LUCINDO: Mi sobrina, a tu servicio,
que ha hecho por Laura agora
de cocinera el oficio.

2530

DANTEA: Eso, Lucindo, os desdora;
mas ya que el señor lo sabe,
le suplico me perdone
las faltas.

ALEJANDRO: ¡Buen rostro!

CELIO: Grave.

ALEJANDRO: Yo, porque presto se abone
cuanto en esta casa cabe,
tomad vos esta cadena,
para que cuando volvamos
tengáis guisada la cena.

DANTEA: No para que te sirvamos,
para atarnos será buena.

ALEJANDRO: Todos saben responder.
Tomá esta sortija vos,
por la canción.

MÚSICO 1: Al volver
oiréis, gran príncipe, dos
que os darán mucho placer:
Una de vuestros pasados
cuando vinieron de Grecia,
y otra de sus esforzados
hechos, que hoy la fama precia,
de su valor aumentados.

ALEJANDRO: ¿Adónde está por aquí
la casa de César?

BELARDO: Cerca.

ALEJANDRO: Pues, pasemos por allí.

ROSELO: Detrás está de esta alberca.

ALEJANDRO: Que yo en mi vida la vi.

LUCINDO: De camino la veréis,
gran Duque, que no es muy tarde.

ALEJANDRO: Guíadnos vos, pues sabéis;
huésped, nada os acobarde,
que hoy al jabalí tendréis.

LUCINDO: Vuestros perros harán presa.

ALEJANDRO: Bien le valdrá la carlanca.

LUCINDO: Por la corcilla me pesa,
que era como nieve blanca,
y de manchalla no cesa.

Vanse todos, y salen CÉSAR y LAURA

CÉSAR: Alza los ojos, no hagas
 fáciles los imposibles.
 Mira que su luz estragas
 ya con tres cosas terribles; 2570
 mal mi amor, Laura, me pagas.
 Habrá estrellas en el suelo
 si dél no quitas los ojos;
 rompe de la noche el velo
 de estas lágrimas y enojos. 2575
 Serene el arco su cielo
 y pase tu tempestad,
 y toda mujer se esfuerza
 de hacer la necesidad
 virtud, porque tras la fuerza 2580
 se rinde la voluntad.
 Yo te obligué con la mía,
 con regalos, con promesas;
 tú siempre rebelde y fría
 a un hombre que otras empresas 2585
 altas en los pies tenía.
 Pues viendo yo que por ti
 no servía al Duque un hora,
 ni estaba en corte ni en mí,
 y que una noble señora 2590
 con un grado te perdí,
 y que vine a quedar loco
 de tu desdén, hice acuerdo
 con quien tú estimas en poco;
 y con su consejo cuerdo 2595
 a esta fuerza me provoco,
 con la cual tomó venganza
 de tu aspereza mi amor.
 Esfuerza tu confianza,
 que te pagaré mejor 2600
 que tú tienes la esperanza.
 Este Teodoro es un hombre
 de virtuoso renombre,
 muy de bien, muy bien nacido:
 éste será tu marido, 2605
 porque mi bondad te asombre.
 Daréte dos mil ducados,
 viviréis en esta casa,
 de mi hacienda regalados,

donde él mejor que un rey pasa 2610
 los veranos abrasados.
 Tendréis doscientos y más
 de salario aquí los dos;
 si tú sospechosa estás,
 no me olvidaré ¡por Dios! 2615
 de tu remedio, jamás.
 Y aquí podré yo gozarte
 sin que falte al Duque, un día
 que venga a holgarme y hablarte,
 ¿no es verdad, Laura? 2620
 LAURA: Desvía.
 CÉSAR: Mi vida, quiero abrazarte.
 LAURA: ¡Suéltame, infame grosero!
 Que si hasta aquí procediste
 como vil tirano fiero,
 en lo que agora dijiste, 2625
 como falso caballero.
 ¿Parécete, por tu vida,
 que una fuerza resistida
 con tan heroico valor,
 se verá a dueño menor 2630
 eternamente rendida?
 Conténtate de haber sido
 quien con violencia tan loca
 venció mi honor resistido;
 no me deshonre tu boca 2635
 con darme ese vil marido;
 que yo, puesto que no quieres,
 te tendré en ese lugar;
 tú solo, César, lo eres,
 pues me pueden consolar 2640
 otras burladas mujeres.
 Y no te doy este nombre
 porque te haya amor cobrado,
 que antes, para que te asombre
 el rigor que has aumentado, 2645
 aborrezco hasta tu nombre.
 Y si por necesidad
 por algún resquicio había
 entrado en mi voluntad
 amor, ya salió este día 2650
 con mayor velocidad.

¿Yo, marido? ¿Yo, en tu casa?
¿Yo, en tu casa? ¿Yo, tu amiga?

CÉSAR: Eso de límite pasa
y razón.

2655

LAURA: ¿Quieres que diga
que quien me goza me casa?

CÉSAR: ¿Y es malo?

LAURA: Sí, que no veo
disculpa en eso, traidor,
sino cansarse el deseo,
trocar el odio en amor,
lo que ya del tuyo creo.

2660

¿Qué más aborrecimiento
que casarme? Mas tenéis
todos ese bien violento
porque luego aborrecéis
tras el primero contento.

2665

CÉSAR: ¿Yo aborrecerte, mi vida?
¡Ea, Laura; ea, mi bien!

LAURA: Suéltame, infame, homicida
de mi honor.

2670

CÉSAR: ¿Tanto desdén?
Habla bien, si eres servida,
que me gastas la paciencia.

LAURA: ¿Respuesta esperas honrada?

CÉSAR: Sí, que hay mucha diferencia,
porque una mujer gozada
no tiene tanta licencia.

2675

LAURA: Antes sí, porque el agravio
hace al más honesto labio
que se descomponga y mueva,
no a quien con gusto la lleva.

2680

Entra OTAVIO

OTAVIO: Caso extraño.

CÉSAR: ¿Qué hay, Otavio?

OTAVIO: Viniendo el Duque a cazar,
a vuestra quinta ha llegado.

CÉSAR: ¿Quiere adelante pasar?

OTAVIO: No, porque si ya no ha entrado,
debe de querer entrar.

2685

CÉSAR: ¿Qué haré?

OTAVIO: ¿De qué os turbáis?
CÉSAR: ¿Esconderé a Laura?
OTAVIO: Sí.

Entra CARLOS

CARLOS: ¡Qué descuidados estáis!
CÉSAR: ¿Cómo? 2690
CARLOS: Alejandro está aquí,
señora, ¿cómo no os vais?
LAURA: ¿Que me vaya? Que me place.
CÉSAR: Deténte, que bueno fuera
que la viera el Duque, y hace
extremos que la entendiera. 2695
CARLOS: Todo es honra.
OTAVIO: De eso nace;
escondelda.
CÉSAR: Este aposento
es para ello acomodado.
Entra presto.
LAURA: ¡Ah, cielo, atento
a mi mal! ¿Si habrá llegado 2700
ya tu castigo violento?
CÉSAR: Entra, y apenas respire,
aunque arder el mundo mires.
OTAVIO: Laura, ni tosas ni hables.
CÉSAR: ¿Qué sucesos hay? 2705
OTAVIO: Notables.
CARLOS: No te aflijas.
OTAVIO: No suspires.

***Vase LAURA, y sale ALEJANDRO, CELIO, LUCINDO,
ROSELO, BELARDO, DORISTO, DANTEA, TEODORO y gente
de guarda***

ALEJANDRO: ¿Y está César aquí?
TEODORO: Sí, señor mío.
ALEJANDRO: ¿Ha mucho?
TEODORO: Habrá seis días.
OTAVIO: Llega, César.
CÉSAR: Señor, ¿vuestra grandeza honra esta casa?
ALEJANDRO: ¡Oh, César! Yo os prometo que ella puede 2710
honrar a cualquier príncipe que ponga

los pies en ella.

CÉSAR: Por merced tan grande,
señor, me dé los suyos vuestra Alteza.

ALEJANDRO: Héme holgado de ver tantas pinturas,
tan ricas salas, tan bien hechas cuadras, 2715
tan bien acomodados los retretes;
tiene gentil portal, y esas ventanas
prometen un bellissimo horizonte
a los ojos que miran los jardines.

CÉSAR: La pintura, señor, es extremada, 2720
la casa pobre, aunque en alegre sitio;
de Miguel Ángel son aquellos cuadros,
y del Ticiano aquella Filomena,
que forzada se queja de Tereo.

ALEJANDRO: Ésa miré con atención un rato: 2725
¡qué fiero está Tereo, y qué quejosa
la bella Filomena!

LUCINDO: Allá en lo lejos
se queja bien a Pandión, su padre.

ALEJANDRO: ¿También sabéis de historias vos, buen viejo?

LUCINDO: Como soy padre, aficionéme luego 2730
a la persona de aquel rey quejoso,
viendo cómo ha sentido el ver su hija
en poder de un tirano.

CÉSAR: Razón tuvo,
que era rey en efeto.

LUCINDO: Aunque rey fuera
entonces, como yo, tosco villano, 2735
sintiera con igual dolor su afrenta.

ALEJANDRO: Tiene razón, porque la honra, César,
es de tal condición, que hasta las fieras,
hasta los más salvajes animales
la estiman y agradecen a los cielos; 2740
el blanco cisne el adulterio venga,
y el león de Albania la castiga y mata
a la leona, si su afrenta huele,
y por eso se lavan las leonas
cuando han cometido aquel delito. 2745

¿No tienes vidrios en aquesta casa?

CÉSAR: Perdióseme la llave de un retrete
donde pudiera acaso vuestra Alteza
hallar algunos que le dieran gusto.

¿Dónde has comido? 2750

ALEJANDRO: Aquí comí, en el campo.
 ¡Abran ese retrete, por tu vida!
 CÉSAR: Yo me holgara, señor, que hubiera llave.
 ¿Cuándo se irá a Florencia vuestra Alteza?
 ALEJANDRO: Hoy me pienso partir; mas mira, César,
 que quiero ver aquestos vidrios tuyos. 2755
 CÉSAR: ¡Hola! ¿Tienes la llave?
 TEODORO: Hase perdido.
 CÉSAR: Otro día, señor, que a honrarme vengas,
 los sacarán a aquesta sala todos.
 ¿Quieres ver los jardines?
 ALEJANDRO: ¡Abran, César,
 este retrete! 2760
 OTAVIO: (¡Aquesto va de veras!) **Aparte**
 ALEJANDRO: ¡Ábranle, por mi vida, y no me enojés!
 CÉSAR: Sin llave, ¿cómo?
 ALEJANDRO: Con romper la puerta.
 CÉSAR: Quebraránse, señor, algunos vidrios.
 ALEJANDRO: No importa, que ya alguno está quebrado.
 OTAVIO: (César, callar y oír es lo que importa. **Aparte** 2765
 ¿No ves que viene aquí de Laura el padre?)
 CÉSAR: Señor, ¿quíéresme oír?
 ALEJANDRO: Di lo que quieres.
 CÉSAR: Cuando viniste estaba entretenido
 aquí con una dama de Florencia:
 por tu respeto la escondí; no gustes 2770
 que aquí la vea toda aquesta gente.
 ALEJANDRO: César, hombre soy yo, y todos son hombres;
 abre, que no se espanta de eso nadie.
 CÉSAR: Tú gustas, quiero abrir; vergüenza tengo.

[CARLOS habla aparte a OTAVIO]

CARLOS: Hoy temo al Duque. 2775
 OTAVIO: Y yo le temo, Carlos,
 que en el rostro le he visto nuestra pena.
 CARLOS: Pienso que el cielo esta venganza ordena.

Sale LAURA, muy triste

LAURA: Invictísimo Alejandro,
 segundo del nombre en Grecia,
 donde tus Médicis nobles 2780

traen su ilustre descendencia,
 el primero en el valor,
 que de tal abuelo hereda,
 y de tan famosos padres,
 que dieron gloria a Florencia: 2785
 ved con piedad, que es tan propia
 de vuestras entrañas mismas,
 la mujer más desdichada
 y con mayor inocencia.
 Laura soy, invicto Duque, 2790
 y éste que a vos me presenta
 es mi viejo honrado padre,
 noble, aunque de humildes prendas:
 él con lágrimas amargas
 que sus blancas canas riegan, 2795
 yo con las que veis de sangre
 de mi honor y mi vergüenza.
 Duélaos su cara afligida,
 y mi edad, señor, os duela,
 porque entre vuestras hazañas 2800
 la presente resplandezca.
 No pido ya a un padre pobre
 que me vengue de esta afrenta
 contra un hombre poderoso
 y en una campaña yerma, 2805
 sino al príncipe y a vos,
 que nos ampara y gobierna,
 que vos sois padre y señor,
 os toca vengar mi afrenta.
 Paréceme, excelso Duque, 2810
 que ni más notables muestras
 ni lágrimas más amargas
 ni más lastimosas quejas
 os pueden dar mi dolor.
 Mirad bien en mí y en ellas 2815
 una música acordada
 de dos voces y mil penas.
 Mirad al alto, señor,
 puesto en la mayor bajeza,
 y el contrabajo contento, 2820
 que en cualquier punto disuena.
 Pobre soy, mas soy honrada,
 Laura humilde pero honesta;

justicia, Alejandro noble,
 aunque injusticia parezca. 2825
 Amáis a César y es justo,
 pero si os ofende César,
 no consintáis, gran señor,
 que quien os ama, os ofenda.
 ALEJANDRO: César, ¿qué disculpa das 2830
 de esta maldad, de esta ofensa?
 Mas ¿cómo has de dar disculpa?
 ¡Que no es posible tenerla!
 Antes que digas palabra,
 sé la historia, y porque entiendas, 2835
 Carlos y Otavio, que vengo
 a esto sólo de Florencia.
 Llamadme de aquesas guardas
 quien más ancha espada tenga,
 que a los tres en esta sala 2840
 haré cortar las cabezas.
 CÉSAR: Señor, ¿cuándo César dijo...?
 ALEJANDRO: No hay aquí César; ya cesa
 su amor con este delito.
 ÉSTE ES FIN DE ESTA TRAGEDIA:
 los tres habéis de morir. 2845
 CÉSAR: Pues señor...
 ALEJANDRO: ¡Brava insolencia!
 ¿Tú hablas? ¡Venga un verdugo!
 CÉSAR: ¿Sin oír? ¡Crueldad es ésa!
 ALEJANDRO: Pues ¿qué más tengo de oír?
 Oigo tanto, que quisiera 2850
 ser sordo, por no escuchar,
 traidor, infamias como éstas.
 ¿Mereciate mi amor,
 y aquella hazaña en que llega
 a vencerse de sí misma, 2855
 de mi valor la excelencia?
 ¿Aquel darte a quien tú sabes,
 que al fin con sospecha queda
 de mi amor y voluntad,
 esta vil correspondencia? 2860
 ¿Así a las hijas de pobres,
 que porque no tienen fuerza
 las ampara mi persona,
 las han de afrentar las vuestras?

¿A mis vasallos, traidor? 2865

LUCINDO: Señor, si ella se contenta
de que sea su marido,
¿permitirás que lo sea?

ALEJANDRO: No sé yo si ella querrá,
pero como ella consienta, 2870
daréle a mi César vida,
para que servirla pueda.

LAURA: Señor, por no ver morir
un hombre con tanta afrenta
satisfaciendo la mía, 2875
le perdonaré la deuda.

CARLOS: César, responde que sí.

OTAVIO: Respóndela que sí, César,
que el Duque no hablara así
si no es que así lo sintiera. 2880

CÉSAR: Señor, ¿no basta dotarla?

ALEJANDRO: Eso has de hacer, y con ella
te has de casar.

CÉSAR: Pues, ¿dotarla
y casarme?

ALEJANDRO: ¡Bien te quejas!

Dotarla, por si murieres 2885
sin heredero, en treinta
o cuarenta mil ducados.

CÉSAR: ¡Qué rigurosa sentencia!

¿A una mujer que no es noble?

ALEJANDRO: ¡Cómo no! Llana es la prueba, 2890
¡vive el cielo! que su padre
come conmigo a mi mesa.

Pues según esto, si tú,
César, me sirves en ella,
y él en ella está sentado, 2895
él te hace diferencia.

CÉSAR: ¿A tu mesa?

ALEJANDRO: ¡Hoy, en su casa!

No repliques.

CÉSAR: Laura bella,
dadme esa mano, y a vos
os pido, padre, las vuestras. 2900

ALEJANDRO: También has de dar al viejo,
porque descansa en su tierra,
César, quinientos ducados

de lo mejor de tu renta.

CÉSAR: Digo, señor, que lo haré. 2905

ALEJANDRO: Y guárdate de que sepa,
César, que la tratas mal,
pues la cabeza te queda.

CÉSAR: Yo la serviré, señor.

ALEJANDRO: Vosotros, aunque pudiera 2910
castigaros, sólo quiero
que no estéis más en Florencia.

CARLOS: Guárdete el cielo, gran Duque.

OTAVIO: Larga vida te conceda.

BELARDO: Perdí mi cierta esperanza, 2915
mas no importa que se pierda.
Parabién te damos todos.

ROSELO: Tu gusto a Roselo alegra.

DORISTO: Parabién te da Doristo.

DANTEA: Y mil abrazos Dantea. 2920

LUCINDO: ¡Viva el gran Duque Alejandro!
Con que da fin la comedia
del gran Médicis famoso,
primero Duque en Florencia.

Vanse todos por su orden

FIN DE LA COMEDIA

Lope de Vega. "La quinta de Florencia." Association for Hispanic Classical Theater, 2026.
<https://www.comedias.org/obras/la-quinta-de-florencia/>